Memorias desde la Ñuke Mapu

Patricio Rivera
«Millapán»

2021

1.- DOS VIDAS,

MISMO DESTINO

El colegio estaba situado en San Miguel, una comuna popular al sur de Santiago. Recuerdo especialmente una esquina junto al paradero de buses. Allí se concentraban todos los colegiales, incluido yo. Jóvenes y jovencitas, niñas y niños, algunos acompañados por sus madres o padres.

Los colegios de ese sector eran dirigidos por sacerdotes o monjas. Vale decir, eran católicos. Un poco más allá quedaban los colegios fiscales. En un radio de 3 kilómetros había cuatro colegios cristianos y otros cuatro fiscales, de los cuales dos de ellos eran técnicos. En esa época de los años 60, la enseñanza tanto en colegios como en liceos no era mixta, y por nombrarlos: En el paradero 9 de la Gran Avenida convivía el Colegio Santa Rosa de mujeres con en el Claretiano de hombres, donde yo estudiaba. En el paradero 6 podíamos encontrar el María Auxiliadora de niñas y el Colegio Miguel León Prado de hombres. En el Llano Subercaseaux estaba el Liceo 8 de mujeres y el Liceo 6 de varones, además del Instituto Comercial. Y eso que también existían los internados y medio pensionados, cada uno con sus propias secciones de hombres y mujeres. Conventos y seminarios igualmente, mas con el correr del tiempo muchos fueron desapareciendo.

Mi liceo tenía dos pisos. Las salas de clases eran muy altas y llevaban las ventanas enrejadas por telas metálicas. El techo estaba suspendido a más de 3 metros sobre nuestras cabezas y los muros lucían ataviados de grandes ventanales con motivos religiosos. En uno de sus pasillos, alrededor de los patios, yacía un jardín inmenso con fuentes de agua en su centro. En medio de aquel, una Virgen que en la noche era iluminada desde los pies. Ello, sumado a la corona de luz neón que nimbaba su cabeza, daba la impresión de una auténtica

aparición. Al extremo de ese patio había una iglesia que luego fue convertida en sala de espectáculos, cine y teatro.

Un segundo patio era ocupado por una multicancha de básquet, vóley, baby fútbol y gimnasia. Allí se realizaban los grandes eventos: kermeses, malones, aniversarios del Colegio, revista de gimnasia al fin del año y nos formábamos cada día antes de entrar a las clases.

En un tercer patio estaba la cancha de foot-ball, a la que si bien le faltaban algunos metros de cada lado y tenía las graderías concentradas sólo en una pequeña parte, pudimos sacar amplio brillo a punta de pases y goles. Detrás de las galerías aguardaba una piscina con trampolín. Solíamos lanzarnos desobedeciendo al tobogán y, por tanto, capaces como éramos de las piruetas más arriesgadas, desafiábamos la prohibición de arrojarse desde cualquier lugar no autorizado, haciendo caso omiso a los accidentes que solían sucederse, divirtiéndonos alegremente en ese ejercicio.

Ese mismo camino daba a los talleres y, allende, otras construcciones donde no teníamos permitido ingresar. Los primeros eran de carpintería, trabajos manuales, pintura, esculturas y empastados de libros. En los segundos, se encontraban las habitaciones de los sacerdotes, una cocinería, despensa con refrigeradores y en otra sala contigua, una capilla sólo para ellos, donde se encerraban a orar.

La mayoría de los curas eran españoles: catalanes, vascos o gallegos, casi no había chilenos. Impartían asignaturas de religión,

música, pintura, artes manuales, castellano, inglés y francés, aunque rara vez tenían diploma para ello.

Cuando ingresé las clases tenían hasta 40 alumnos y comenzaban en el Jardín Infantil. Eran seis años de Preparatoria y otros seis de Humanidades. Yo llegué en primero de preparatoria e hice doce años en el mismo colegio, interrumpido por dos semestres en que fui enviado a la fuerza a un Seminario en Talagante, fuera de la capital. Tenía 14 años y la idea de verme convertido en cura me aterraba, por lo que me fugué del nuevo establecimiento. Cerca de un mes estuve sin dar ni recibir noticias. Pero volví. Todos vuelven, como dice el valsecito peruano. Luego de un tira y afloja, fui readmitido en el colegio de origen.

El Colegio Santa Rosa de mujeres que he mencionado antes, estaba estructurado casi de la misma forma que el de los varones. Ocupaba casi una manzana entera de superficie y visto desde el exterior, parecía una prisión con altos muros y rejas en las ventanas. Tenía dos pisos y en su interior, jardines con vírgenes y santos que se amontonaban alrededor de las salas. Como en nuestro colegio, había también un gimnasio multi deportes, techado y con graderías, que oficiaba de recinto para eventos deportivos, actos religiosos y fiestas. Para entrar a estas últimas había que demostrar ser familiar de alguna estudiante, aunque no faltaban los modos de pasarse igual. Por suerte tenía una hermana que pasó por ese colegio y, aunque fue cambiada después, pude igual continuar entrando tras su retirada.

Se preguntarán, ¿por qué les cuento y describo estos dos colegios? Simplemente porque sirvió de base a la formación de nuestra vida hasta hoy y permite explicar la forma en que algunos

cambios se han ido produciendo a nivel social, cultural y educacional. La disciplina, por ejemplo, otrora tan dictatorial o el uso del uniforme obligatorio, que fue eliminado un período durante la Unidad Popular y reestablecido luego por la dictadura, que con su manto gris estandarizó la segregación entre colegios públicos y privados.

En esos años 60, nosotros teníamos entre 12 y 15 años. Eran los tiempos del amor utópico, de los primeros amores, tan llenos de dificultades a sortear. Entre otras y como principal, las de la religión y su hermana menor, la culpa; toda vez que hacer o incluso pensar hacer el amor era sacrílego y pecaminoso, e inmoral no sentirse sucio después. Encima nuestras familias nos vigilaban hasta en la intimidad, lo que hacía todo más difícil. Quizás por ello, en nuestras conversaciones, muchos hacían de su imaginación una realidad. Soñábamos despiertos fantasías febriles por las que perdíamos la cabeza y los primeros ardores adolescentes provinieron de esa esquina, donde terminaba el Parque Subercaseaux.

Al principiar los calores de primavera, cuando todo florecía, ellas… las chicas, parecían flores en medio del verdor primaveral. Las parejas se saludaban con un tímido beso en la mejilla y tomados de la mano, daban cálidos paseos alrededor de ese bosquecillo, a cuyo inicio una fuente con pececillos rojos aguardaban impajaritablemente las migas de pan de los enamorados o quienes estaban por enamorarse. Ese parque con nombre francés sirvió de refugio para miles de parejas juveniles, así como también para pichangas entre los claros que dejaban a su sombra los árboles o para preparar los exámenes de fin de año mediante largas caminatas, cuyo fin último

era memorizar frases de filósofos o poetas, leyes y fórmulas matemáticas.

Recientemente he podido visitar aquel lugar y dar cuenta que ha perdido su encanto. Muchos árboles y arbustos desaparecieron (y no porque sí, no porque quisieran, sino por voluntad humana y ajena), igual que la fuente y los peces que allí vivían. El pasto seco atestigua un lejano verdor. Los bancos donde acostumbrábamos sentar para besar a nuestras amadas y escribir nombres entrelazados en corazones, hoy brillan por su ausencia. El último roble que aún queda de aquel tiempo está seco por efectos de la contaminación y la falta de agua. Eso sí, vi que los corazones que hice con un cortaplumas con las iniciales de A y P, aún permanecen allí.

En ese parque ensayamos también las primeras conquistas, cruzando miradas coquetas con hermosas muchachas cuyas mejillas solían sonrojarse al cruzarse con las nuestras. También allí se sucedió para muchos el primer beso, cubierto entre aquellas flores primaverales. Resultaba tan agradable estar ahí, echados en la hierba, mirando las copas de los árboles moviéndose por el viento y esa brisa perfumada que nos invadía de alegría.

Recién iba a cumplir 15 años cuando fijé mis ojos en esa pequeña... ¡sí parecía una muñeca!, acaso una mujer en miniatura. Al mirarla sentí una emoción incontenible y no pude dejar de sonrojarme cuando me sorprendió mirándola; acostumbrada seguramente a las miradas masculinas que con los ojos la seguían. Como su personalidad era chispeante, llena de humor, cuando miró en mi dirección lo hizo para derrotar mi mirada y obligarme a bajar la

vista. Tenía arrogancia y seguridad en ella misma, y con sus apenas 13 años también ciertos aires de superioridad.

Unas semanas más tarde me confesó que vio en mis ojos «una mirada tierna» que quedó grabada en su memoria. Ahí, ¡torpe de mí!, caí en cuenta que lo que antes juzgué como aires de superioridad no eran sino una barrera cuyo fin era protegerse de las inescrupulosas miradas de los hombres.

En esa oportunidad iba con otras muchachas de su edad, todas más altas que ella. Sin embargo, la estatura pasaba a segundo plano tras ese pelo lacio castaño claro que caía hasta sus hombros. Las mejillas rosadas bajo unos ojos color miel. Bajo la miel, dos grandes pestañas y encima, labios carnosos como un botón de rosa de rojo carmín. En ellos se asomaba una sonrisa cautivante que dejaba entrever una dentadura cercana a la perfección, la que pensé iba dirigida a mí. Dos lunares recuerdo haber notado también. El primero en su pómulo izquierdo. El otro, encima del labio superior, ligeramente contorneado hacia la derecha, como Cindy Crawford. En fin, que estaba devolviendo la sonrisa cuando noté que su mirada me atravesaba. Mejor dicho, esta iba dirigida para quien estaba tras mí. Mayor fue mi vergüenza cuando pasó por enfrente, ignorándome por completo, cual si no existiera. Enrojecí, no tanto por haber sido invisible a sus ojos, que también, sino porque el otro muchacho al que saludaba, a quien desde entonces tomé como declarado rival, pertenecía al colegio de curas que solía ser nuestro contendor. Encima era un «Pepe Pato», que es como le decíamos a los hijos de la burguesía. Vale decir, éramos rivales a nivel escolar, deportivo, de clases sociales y ahora también en el amor.

Los días pasaban y los ritos de socialización y galanteo se repetían. Los hombres de una esquina y las mujeres en otra. Y siempre, de este último lado, esa muñequita con su hermosa sonrisa esperando al conquistador. Comencé o creo que comencé a comprender sobre la coquetería femenina. Noté que se dejaba admirar, pero no sólo por él, sino también por otros pepe patos. Todos engominados como iban, con el pelo brillante y pegado a la cabeza. No obstante, el uniforme de este galán era diferente al de nuestro colegio: su vestón parecía de seda, al igual que su corbata; los pantalones perfectamente planchados y los zapatos, de tanto lustre parecían de charol. Era, en fin, un pretencioso, de esos que no dejaba que ninguna pelusa se posara en su ropa ni que brisa alguna moviera su pelo. Yo sentía rabia y envidia al verlos. Tanto más en cuanto que los dos parecían entenderse a sus anchas. Se conocían hacía mucho tiempo y sus familias solían visitarse a menudo, por lo que supe después. Lo mismo acerca de la procedencia de su familia: eran judíos del sur de Italia, y su padre: propietario de varias empresas en Santiago y otras tantas en provincias.

Días después me encontraba paseando por el sector residencial de mi barrio. La parte que miraba hacia la cordillera era un amplio sector repleto de casas muy pobres; cités donde se amontonaban en un sólo sitio toda una docena de familias. En una de esas casas habitaba la mía, conmigo incluido. De aquel mismo lado quedaban las industrias con sus chimeneas permanentemente humeantes. Mas del costado poniente de esa misma avenida, quedaba el sector acomodado del barrio. Allí las casitas parecían del barrio alto, con hermosos jardines florecidos y orlado por árboles frutales. No había fábricas ni nada que afeara el paisaje. Las calles eran sombreadas por grandes árboles que daban alivio a los tórridos veranos. Allí también

estaban ubicados casi la totalidad de los almacenes, asimismo los restoranes. De repente, en mi andar, una me llamó la atención una de las casas, que parecía sacada de Hansel y Gretel. Llevaba la madera pintada de un café que sobresalía entre los blancos muros. Del jardín salía un perfume de limones y naranjas. Ello, junto a una madreselva con flores blancas y rosadas, eran la guinda del hermoso jardín.

De pronto, ¡sorpresa! Vi en su interior a la joven hermosa por la que había perdido la cabeza. Su bella sonrisa de dentadura perfecta. No tenía el uniforme puesto sino una minifalda ajustada que, al agacharse para recoger un fruto del jardín, enseñaba sus muslos hasta el nacimiento de sus calzones. Sus piernas me parecieron como hechas con torno: blancas color leche con una ligera tintura rosada. Todo en ella irradiaba vitalidad. Su busto cubierto por una blusa dejaba traslucir unos pechos redondos, coronados en su centro por una erecta turgencia, producto de la seda. Bajé la mirada para evitar que me descubriera espiándola. Al volver a levantarla pude ver nuevamente su talla de avispa. Estaba en ese embeleso de subir y bajar cuando ella descubrió mi presencia y sus ojos se posaron en los míos.

–¡Hola!... Te conozco... –dijo, dando el primer paso.

Por mi parte, me corté completamente y sólo pude balbucear «¡Hola!», con voz casi inaudible y rojo de vergüenza.

Esa demostración de inocencia, sin embargo, sirvió para que a la semana siguiente ella se acercara a mí, esperando que yo caminara solo por la avenida. Primero pasó con tranco rápido y una vez que me llevaba unos dos pasos por delante, se volvió y mirándome a los ojos, continuó:

–¿Eras tú que pasaste ayer domingo frente a mi casa?

Esta vez tomé una gran bocanada de aire y logré sacar la voz:

–¡Sí!, ¡era yo! –con voz segura–. No sabía que éramos vecinos. Bueno, de unas cuadras. ¡Qué linda es tu casa! ¡Y tu jardín!...

Recordé en esos instantes cuando le vi en el jardín junto a los árboles y flores. Todo lo que vi y no alcancé a ver, grabados para siempre en mi memoria. Estaba en eso, soñando, cuando me despercudió su voz cristalina. Yo quería decirle tantas cosas al mismo tiempo: hablarle de lo hermosa que era, de cuánto ansiaba conocerla. Pero fue su voz la que habló:

–Bueno vecino, ¿me acompañas?

De un gesto me pasó su bolsón, el que colgué en bandolera sobre mi hombro. Comenzamos a hablar de su jardín, de las bellas flores que ella misma se encargaba de cuidar. Le gustaban las flores, eran su pasión, aseguró. ¡Tú parecías una flor en medio de ese jardín! Con esas palabras se lo hice saber. Al llegar a la esquina de su casa me dijo súbitamente, con tono firme y temeroso, como ordenándome:

–¡Pásame mi bolsón! ¡Déjame hasta aquí! ¡No quiero que nos vean! ¡Mi papá es muy duro con nosotros! ¡Chao, hasta mañana!

Desapareció dejando su perfume impregnado en mi nariz. Un aroma que sería difícil describir. Sin embargo, hasta hoy, en más de alguna oportunidad, al entrar a una perfumería, vuelvo a sentir ese olor y mi mente instintivamente vuelve al pasado, con su sonrisa de blancos dientes perfectos.

Volví a la realidad con un estrepitoso bocinazo que me sacó de ese sueño despierto. Iba atravesando la calle sin mirar. Salté como un gato cuando alguien me gritó desde la cabina de un camión: «¡Hueón pajarón!» Mi corazón saltaba por un doble efecto: haber estado tan cerca de ella y el susto de sentirme casi atropellado.

Ella… ¿cómo se llama?… ¡mierdas!, se me olvidó preguntar el nombre. Y empecé a imaginarle algunos: ¿Flor? ¿Sería Flor? ¿O tal vez Rosa? ¡Blanca! ¡No! ¡Violeta! ¡Margarita! ¡Amapola! Pasaron casi todas las flores por mi cabeza. Una de ellas, sin embargo, no me vino. Por fortuna había olvidado el nombre de esa flor carnívora. Aquella noche no dormí por la ansiedad del encuentro sucedido. En mis oídos resonaba melódicamente: ¡Chao!… ¡hasta mañana! Sí, su voz también era linda, suave: de sus labios manaban armonías.

Llegó el día martes. Estuve en pie desde muy temprano, saliendo al jardín cada dos minutos casi para ver si ella pasaba. Por lo mismo estuve a poco de llegar atrasado al colegio en esa instancia, se me fue el tiempo sobre la espera. Lo que hasta entonces no sabía era que su padre iba a dejarla en auto; lo mismo que a sus dos hermanas más chicas y a sus dos hermanos, también menores. Vana espera, la que entonces no sabía.

Esa mañana estaba tan obnubilado que, cuando el profesor de matemáticas me hizo una pregunta, confundí los números romanos con las letras griegas. Luego, en clase de religión, nuevamente confusiones, pues dije «A Jesucristo lo fusilaron en una cruz» en vez de «Lo clavaron en la cruz». Y continué dejando cantada porque «Poncho Pilatos se había lavado los pies», queriendo decir Poncio y las manos, respectivamente. O, de igual modo, «Adán y Eva se

comieron un fruto podrido y se fueron arrojando hasta Valparaíso», cuando lo correcto que esperaban era «Adán y Eva comieron el fruto prohibido y fueron arrojados del paraíso». Ese día cometí tantos errores que cada hora de clases se convertía en nuevo tema de chacota, todos reían con mis salidas. En clase de geografía imaginaba a los picos del Paine con preservativos gigantes y estaba por organizar una cruzada para levantar Pueblo Hundido cuando me atacó otra terrible confusión, esta vez con Puente Alto. Pensaba que efectivamente era un puente y que estaba tan alto que nunca nadie lo había podido cruzar, de modo que pregunté al profe por qué no lo bajaban.

Apenas sonada la campana salí como un misil del colegio, buscando encontrarla a la salida del colegio. Los minutos parecían horas, y las horas, días. En ese vaivén vi aparecer, a lo lejos, los uniformes del Santa Rosa. Mis compañeros de curso no comprendían lo que pasaba y se reían de mí haciéndome bromas: «¡No se sabe la tabla del uno!», «¡Tenís que volver al pato del silabario!», «¡Ey, la mitad de uno es medio y no el ombligo!», «¡¿Cuánto cobrai por estar parao ahí como gil?!». Yo no quería escuchar, no quería distraer mi mirada fija, tratando de reconocer al medio de todos esos uniformes, sí… reconocerla. Había pasado tres cuartos de hora y todas las santarrosinas habían ya salido mientras yo seguía pegado en la esquina, como un poste al que el cemento hubiese anclado y convertido en estatua sin mover un músculo. Sólo mis ojos bien abiertos casi sin pestañear para no perder movimiento alguno, concentrado como si fuera a partir una carrera de cien metros en cualquier momento.

14 horas: vuelvo al colegio y en clase de nuevo mis compañeros de curso me llenaron a tallas. Uno de ellos dijo:

–¡Chis! Te confundí con un árbol sin ramas: ¡ni hojas! Estabai ahí a las doce y media. Ahora de vuelta, todavía seguís allí mismo y ni cachaste que un perro levantó la pata pa' mearte las piernas. ¡Ja ja ja!

Risas de todo el coro de acompañantes.

Pasé esa tarde entre las burlas de mis compañeros y el reproche de los profesores. Otros ejemplos: responderle al profesor de inglés «¡No, ay am zorro!» cuando de su boca oí un: « ¿Jaguar yu?». Al profe de música estuve cerca de pasarle las llaves de mi casa cuando él pedía las de un mobiliario de la sala. A su respectiva extrañeza la entendí creyendo que me preguntaba si había sol afuera. Creyó que le estaba tomando el pelo, «¡no se haga el payasito!». La clase se echó a reír a carcajadas. Uno de mis compañeras movió el índice de su mano apuntando a su propia sien y lo hizo girar, señalando que estaría chalado. El profe acabó por reírse también y preguntarme si estaba enamorado. Más se debe haber reído cuando comencé a tocarme la cara, pues no tenía espejo para mirarme y había oído clarita su voz que me preguntaba si estaba morado.

A la tarde salí corriendo a instalarme en esa esquina. Sin embargo, me llevaría nuevamente una decepción. Esperé media hora, nada. Me acerqué a una compañera de curso, quien me explicó que aún estaba en el colegio, lo que me hizo guardar esperanzas. Caminaba en dirección a la puerta de su liceo cuando de pronto la veo salir acompañada de dos niñas de unos cinco y siete años. Eran sus hermanas, Cecilia y Mónica según sabría después. Las esperaba un auto conducido por un caballero de aspecto muy serio, bigote y lentes ópticos ahumados. «¿Ese será mi suegro?», pensé,

envalentonándome. Continué acercándome. Ella, al percatarse de mi presencia, posó la mirada en el señor de lentes y luego en la mía, sonriendo discretamente. Con ese gesto, unos pestañeos agitados y unos dedos cerca de sus labios, me hizo saber que más no me acercara y sobre todo, que no abriera la boca.

Volví a casa con una gran ilusión que acrecentó mis esperanzas y al mismo tiempo mis dudas, sobre todo las de sobrepasar la barrera paternal. Mas antes de entrar a mi casa quise caminar la cuadra y media que me separaba de ella. Creo que debo haber pasé unas seis veces por enfrente de su casa. Quería entrar allí, así como en su corazón y sus latidos. Cada paso dado enfrente lo hacía lentamente, como tratando de penetrar entre los muros ¡Si tan sólo pudiera hacerme invisible para no ser descubierto por el «terrible» papá! Creía verla aquí o allá, en el jardín o la ventana. Pero no, era un espejismo.

Finalmente llegué de vuelta a casa. Me estaban esperando preocupados: eran las siete y media de la tarde, vale decir, muy tarde para entrar. Había perdido la noción del tiempo, nunca antes había llegado tan tarde. Mamá y papá sabían mi empleo del tiempo, los días en que hacía deportes o gimnasia o las horas que pasaba en el conjunto coral. A lo sumo se les presentaba una autorización para ir donde los compañeros del colegio a jugar taca taca, naipes o monopoly. Mas no. No tenía explicación por este retraso. Encima que debo haber parecido un bobo ahí parado en la puerta, con los ojos fijos en el vacío.

–¿Dónde estabas? ¿Por qué llegas a esta hora? ¿Por qué...? ¿Y por qué? ¿Por qué?

El resultado, al no tener respuestas: «¡Castigado! ¡No hay permiso para ir a ver el partido de la U el próximo domingo! ¡Tampoco fútbol el sábado en el Rey Alberto!». Este club lo habíamos creado con los compañeros de colegio y los vecinos de esa calle. Al principio eran las pichangas en la plaza del mismo nombre. Allí dábamos los primeros chutes a la pelota y fuimos creciendo en número. En algún momento debemos haber levantado senda polvareda entre la suma de gritos, el pasto que se deterioraba y los vidrios quebrados, pues comenzaron a enviarnos a los pacos. Ante ello decidimos organizarnos en tanto club para poder tener acceso a canchas autorizadas. Formamos una directiva, con cuotas para pagarnos camisetas; pantalones, medias, chuteadores, los balones y participar en campeonatos locales. Pedimos ayuda a los comerciantes del sector, a los vecinos, los mismos a quienes les habíamos quebrado los vidrios; así como a clubes profesionales, sobre todo al chuncho, del cual la mayoría éramos hinchas. Este nos apadrinó y muchos de nuestros jugadores pasaron a jugar más tarde en las juveniles y posteriormente a profesionales.

Después de este paréntesis, volvamos a mis quince años y a mi primer gran amor. Enamorarse, ¿significa estar en las nubes ?, ¿flotando en pompas de algodón?

Llegó el miércoles, esta vez no podía fallar. Creo que no dormí, o estuve despierto toda la noche imaginándola. Si logré conciliar el sueño ella estaba presente aún ahí y sentía un plácido calor en mi bajo vientre.

Iba saliendo de casa distraído. Había olvidado tomar desayuno y estaba por cruzar el umbral de la casa cuando siento la mano de

mamá en mi hombro, cariñosamente: ¡Hijo, no tienes que salir con el estómago vacío! Ven, toma una taza de chocolate con leche y unas tostaditas con mantequilla. Con el apuro me quemé la lengua y la tostada la apuré en el camino.

Me encontraba nuevamente con la mirada extraviada en el cielo raso, donde vislumbraba unos dibujos con ángeles a través de las nubes que jugueteaban sonrientemente. Uno de esos rostros me estaba mirando y se sonreía con una mirada demasiado parecida al amor. Mi imaginación tomaba vuelo. Creía estar viéndola, cuando un golpe en mi mesa me despertó. Era el profe de mate, aunque me pareció el diablo. Con un puntero golpeó mi pupitre, inquiriendo con voz severa: «¡La raíz cuadrada de 36!». Respondí asustado: «¡Azucena!», dado que en mis desvaríos estaba pensando en su nombre, tratando de adivinarlo. Las carcajadas de mis compañeros acompañaron a otro grito mío que señalaba: «¡Isósceles!». Más risas, estrepitosas esta vez, casi en forma de histeria colectiva, pues Isósceles era el sobrenombre que dábamos a ese profesor.

–¡Vaya a ver a Azucena o a su abuela si usted quiere, pero en la oficina del Rector!

Una vez allí, éste comenzó a sermonearme y amenazarme que si seguía así me harían repetir de curso o peor, la expulsión del colegio. Ninguna de esas opciones me importaba realmente mucho, mi obsesión era ella. Creo que repetí en voz baja: «Azucena», y luego, algo más fuerte: «Isósceles». El Rector debe haber escuchado sólo esta última parte, pues respondió: «¡Bravo! ¡Es una buena respuesta! ¿Cómo me dijeron que usted no sabía geometría?». Terminó felicitándome, al tiempo que me acompañaba a la sala de clases. No

alcancé a llegar, por fortuna, pues sonó la campana, señalando el fin de esa clase y a la vez el mediodía. Salí como una bala, corriendo a pierna suelta a una velocidad que bien podría haber batido los récords de 100, 200 ó 110 metros con vallas. En el camino recordé que había dejado olvidadas mis cosas en la sala de clases, por cuanto estaba por devolverme cuando me cruzo con el profe, a quien a modo de despedida: «¡Señor Isósceles, hasta mañana!». Supongo que habrá olvidado la pregunta, pues su respuesta fue: «Tienes razón, ¡esa es la respuesta correcta!, ¡Isósceles!». Y se quedó hablando solo, pues no me quedé ahí para aguardar su perorata o discurso matemático-geométrico.

Seguí corriendo. Con la respiración entrecortada llegué a la esquina de Berlín con la Gran Avenida. Allí me topé con el portero de su colegio, que me dijo: ¿Adónde vas tan rápido? ¡Todavía no tengo orden de abrir el portón! ¿Qué te robaste ? Entonces le hice una finta, pues leí sus intenciones de atajarme: un *dribbling* a modo de respuesta, al estilo Garrincha o Pelé, hecho a la perfección. El portero perdió el equilibrio, parando las patas y cayendo al suelo. Llegué junto al portón, las llaves estaban puestas. Para abrirlo, sin embargo, hube de tirar con fuerzas la manilla, quedando con ella en la mano. Forcejeé para, finalmente, abrir el portón con gran estrépito. Nada ni nadie podría impedirme ver a mi amada. Ahí fue cuando la vi llegando a esa famosa esquina del paradero 9, con sus amigas de Colegio.

A mis quince años, he de decirlo, mis instintos animales estaban a flor de piel, igual que mis espinillas también. Todo lo que aparecía frente a mis ojos concerniente al sexo opuesto me hacía transpirar, provocaba gran emoción y sobre todo, hacía levantar mi

pantalón abajo de mi vientre. Pero, ella, esa pequeña mujer, con ese cuerpo tan bien formado, con esas piernas que parecían torneadas, como si un escultor las hubiese hecho, podía en mí más que todo y cualquiera. Corrí, corrí a mas no poder para llegar a esa esquina, hacia ella, la más hermosa de mis sueños.

Cuando llegué, con la respiración agitada, no reparé siquiera en sus amigas. Advertí que la locomoción se detuvo, asimismo el tiempo, ¡si hasta los pájaros cesaron su vuelo! Los únicos seres en movimiento éramos nosotros dos. Aquella sonrisa me hace ver la vida llena de luz. Esta vez, la primera cosa que haré será preguntar su nombre:

–¿Cómo te llamas?

Inquirí de entrada con una sonrisa de oreja a oreja y una cara que, vista desde fuera, debe haber sido la de alguien que está enamorado. Quizás por ello la voz, usualmente grave, me salió como de barítono. Al verme así, decidido, respondió:

–¿Cómo? ¿No lo sabes? Yo sí sé el tuyo, ¿por qué tú no sabes el mío?

Enrojecí de vergüenza. Las palabras se me trastabillaron y para cuando me di cuenta, estaba tartamudeando:

–Pe... per... perdóname... so... sólo vi... tutu... coco... corazón e imaginé que tú... tú... podrías ser una flor... eres tan hermosa que aseguraría que tu nombre lo es también.

Tras ello fue ella la que enrojeció. Ahora su voz era frágil, casi inaudible.

–¿Cómo?, perdón, no te he escuchado

–¡Azucena del Carmen! –contestó, esta vez con voz más firme.

A nuestro alrededor, sus amigas nos lanzaban miradas de complicidad, burla e interés al mismo tiempo. No todas habían vivido ese instante tan maravilloso como es el encuentro de dos enamorados. Mecánicamente, mas con un trato dulce me pasó su bolsón y nos fuimos caminando por la Gran Avenida. Entretanto, escuchaba con atención lo que ella me contaba de su día de colegio; sus asignaturas, profes, de su familia, madre y padre, hermanos y hermanas. No nos dimos cuenta para cuando estábamos ya llegando a su casa. Allí el tono cambió y tensó su expresión. Con el rostro nervioso, procurando cautela, miró desde la esquina hacia en dirección a su casa. Luego fue ella quien tomó la iniciativa: tomó mis manos en las suyas, apretándolas ligeramente, por los nervios supongo y acto seguido, me pidió que acercara mi rostro al suyo, como si quisiera contarme un secreto. Yo acerqué torpemente la oreja para escuchar lo que ella quería decirme. Al percatarse, soltó nuestras manos, unidas hasta entonces, para acercarlas su rostro al mío. Nuestros labios, tibios y húmedos. Un beso suave, lleno de ternura y decisión que no tardó en dar paso y convertirse en uno apasionado, lleno de fuerza. Ahora fui yo quien tomó la iniciativa y aquella fue la primera vez de mi vida que osé pasar y posar mi lengua a través de sus labios para sentir la suya, igualmente mojada y suave. Fue como si un choque de trenes se produjera en nosotros. Sentía en mi cabeza todo tipo de ruidos que de pronto, sin previo aviso, daban paso al silencio. Tan sólo un pitido quedaba sonando de fondo. Sentía perder los estribos mientras su deseo aumentaba también. Al estrecharnos mutuamente noté a través de nuestras ropas las protuberancias de sus pechos, lo turgente de sus pezones. En mi pantalón un bulto crecía poco a poco, como queriendo escaparse. Sin más, su boca selló el beso y agregó:

–Tengo que entrar a casa. Mamá se va a preocupar si me atraso en llegar. Te llamo en una hora, antes que llegue papá, mira que él es muy severo, con nosotras sobre todo.

Nos besamos nuevamente para recién entonces despedirnos. No nos queríamos separar. Un beso largo y apasionado que fue entrecortado bruscamente, obra de un chispazo violento. La estática de nuestros uniformes había provocado un golpe de electricidad. Desde la esquina la acompañé con la mirada. Varias veces ella se dio vueltas para mirarme y cada vez me enviaba un beso que viajaba por el espacio para sentirlo imaginariamente entre mis labios. Mi corazón no latín, ¡saltaba! En mis sienes la sangre se agolpaba y presionaba. Persistió en mi el sabor de sus labios y lengua. Me quedé parado en esa esquina varios minutos, incluso cuando se hubo ya entrado. La sensación que experimentaba parecía al mismo tiempo corta y larga. A ratos llegué a creer que era un sueño, cierto espejismo que desparecía poco a poco. Sentí frío. El viento fresco de la tarde me despertó. Sólo entonces pude volver a casa y prepararme para las ya clásicas: "¿Por qué llegas a esta hora?, ¿dónde estabas?, ¿qué estabas haciendo? Sin embargo y por fortuna, esta vez no hubo ninguna pregunta. Sólo la voz de mamá preguntando: ¿Quieres una leche calentita con sopaipillas pasadas?

Desde ese día se convirtió en un ritual caminar las diez cuadras hacia esa esquina o a la inversa, desde aquella a los colegios, tomados de la mano y en cada escondite, jugueteos y cosquillas que solían culminar en un largo y apasionado beso apasionado. Parecía que sólo teníamos tiempo para nosotros, o mejor, que el tiempo rodara en función de nosotros. Muchas veces nos saltábamos los almuerzos con tal de vernos. La excusa solía ser el exceso de tarea, las muchas

labores. Igualmente, ambos éramos voluntarios en las respectivas para salir a hacer las compras «al negocio de la esquina». De esa forma, lo que podía tomar máximo 10 minutos, lo hacíamos en media hora o más.

En ocasiones, ella me prevenía por teléfono que su padre la llevaría al colegio. Era como un atentado a nuestra complicidad que impedía nuestros encuentros.

Recuerdo una ocasión en que, yendo en micro, nos pusimos a besarnos delante de toda la gente. El chofer, al advertirnos, frenó abruptamente. Costó que no nos cayéramos y para cuando nos estábamos preguntando cómo estábamos, caímos en cuenta que los pasajeros nos miraban con aire burlón. Algunos nos hacían morisquetas riéndose de nosotros. Incluso una vieja nos interpeló: «¡No se saben ni limpiar el poto y ya están haciendo cosas de grandes!». Allí decidimos no volver a besarnos en público.

Azucena ya tenía varias referencias sobre mí. Sabía que mis orígenes eran mapuche. Conocía también la fuga de un seminario de curas que había realizado el año anterior y que había durado más de un mes, así como que me encontrarían al querer cruzar la frontera con Perú. Todo ello corría de boca en boca y me hacía vislumbrar, o eso creía, como un paladín de leyenda para ella y sus amigas. Sabía, igualmente, que era un deportista y gimnasta y un rebelde a la vez. Que no aceptaba las injusticias; de mi combate que a menudo enfrentaba contra aquellos que denigraban al pueblo mapuche. Desde luego, me había convertido en aquello mucho antes de conocerla. Incluso ella soñó en más de alguna oportunidad que yo la defendía de «los malos», entre los que se contaba su padre.

–Aparecías montado en un caballo blanco con pintas negras y cafés; el torso desnudo y un cintillo en la frente (trarilonko) y derrotabas a los que querían hacerme daño utilizando para ello sólo las manos.

Cada día, semana y mes que pasaba transcurrían nuevos hechos. Cómo olvidar, por ejemplo, la primera vez que fuimos al cine a ver una historia de amor, en cuyos protagonistas nos sentimos hondamente inspirados. Tomados de la mano todo el tiempo, nos las apretábamos y besábamos innumerables veces. Aquella fue también la primera vez que puse mi mano entre sus piernas; avanzándola lentamente para sentir la suavidad al interior de las mismas y con el válido temor que me dijeran de pronto ¡No! Pero todo parecía tan natural entre nosotros, que era un descubrimiento más de nuestra intimidad y de nuestro placer aún inocente. Cada día íbamos un poco más allá en descubrir cada centímetro de nuestros cuerpos, sin forzarnos, ni apurarnos. Al fin que teníamos toda la vida por delante, o eso creíamos.

En otras oportunidades íbamos a la ribera de un río que pasaba cerca de la casa de unos tíos suyos que vivían en el campo, a varios kilómetros de Santiago. Aprovechábamos de encontrarnos fuera de la ciudad y de las respectivas familias. Al comienzo, tímidamente, en la plaza de armas. Varias veces arrendé un cuarto en el hotel que quedaba frente a esta y salíamos a caminar por la orilla del río. Allí, con los pies en el agua, nos besábamos durante horas y horas. Fue allí también que me enseñó, a través de su hermoso vestido blanco con flores rojas, el inicio de sus piernas. Yo estaba recostado con mis ojos del todo abiertos, admirando una tersura que acababa o empezaba en

un slip ajustado a sus nalgas, cuyo pliegue sobrepasaba el límite blanco del mismo. Todo era rosado, igual que mi vida en esos momentos.

Evitábamos los nubarrones negros, de los cuales el principal era su padre. Una vez tomamos el riesgo que significaba acompañarla hasta la puerta de su casa, con la mala suerte que su padre venía llegando antes de tiempo. Por supuesto que una mirada fue suficiente para que ella partiera directo al interior de su casa, al tiempo que yo sentía las dos manos paternas, ágiles y fuertes, que me tomaban desde la camisa. Dos botones cedieron en el acto y al soltarme, después del zamarreo, su voz sonó grave y potente: «¡Mi hija no es una cocinera, ni una puta! ¡No vuelva más por aquí, que la próxima vez será peor!». Desde esa vez, nuestros encuentros debimos realizarlos ya no sólo en espacios cerrados o al menos no públicos, sino también lejos de su casa.

Luego vino la presentación en mi casa. Fue ese el momento en que mi familia comprendió cuanto tenía ella que ver con mis cambios de comportamiento; con mis ausencias y evasiones, pues podía estar físicamente en casa, como solía ocurrir, pero mi mente estaba con ella. Entonces mis ojos se quedaban quietos en un punto cercano al vacío y mis ojos dejaban de escuchar. En ese momento fue adoptada inmediatamente. Su belleza, su dulzura creativa cautivaba no sólo a mi familia, sino que también afuera, en la calle, en su colegio, a sus amigas y mis amigos. Vistiera como vistiera, destacaba. Para ir a misa los domingos se colocaba un vestido que modelaba tan bien su cuerpo, que daba la impresión de ver a una mujer a sus anchas, pero en miniatura: la perfección en pequeña talla.

Recuerdo también los encuentros interescolares de baby-fútbol, a los que íbamos en el bus del establecimiento con las compañeras de los colegios de monjas, quienes nos hacían barra. Yo llevaba un pañuelo de seda que me había regalado ella, como amuleto, amarrado al cuello. Todos mis compañeros y sus compañeras, incluidos algunas y algunos profes, sabían del amor que sentíamos el uno por el otro. Quizás por ello no fuera extraño que todo esto llegara a los oídos del padre. La castigó, en consecuencia, con la prohibición de verme. Incluso para para ir a misa el domingo estaba acompañada por su madre o, de lo contrario, era el perro guardián del viejo quien la llevaba en auto y la esperaba a la salida de la iglesia. Mas aún con todo utilizábamos argucias a nuestro favor para vernos. Esos encuentros clandestinos daban más sabor y suspenso a nuestra relación. Sin embargo, a pesar que la ansiedad por encontrarnos no hacía sino aumentar el deseo, éramos conscientes del peligro que corríamos. Nos cuidábamos de no cometer una locura, prudentes ante todo. Nuestra corta edad de adolescentes nos hizo madurar y tener mutua confianza.

Encontramos cómplices en su misma familia, desde las hermanas de la madre (una en el campo, las otras en el centro de la capital y en el barrio alto) quienes nos recibían e invitaban. El padre no ponía dificultades para autorizarla a ir de visita donde sus tías, sin sospechar que allí era donde ambos nos encontrábamos. Estas tías veían nuestro romance como si fuera una novela rosa y no un peligro como lo pensaba el viejo. Nuestra prudencia era tal que nunca llegábamos al mismo tiempo, sabiendo que el papá la acompañaba e iba a buscar. Yo esperaba oculto que él partiera para recién entonces entrar en casa de las tías. Sin embargo, aunque el control se hacía más estrecho cada vez, igual lográbamos eludir esa vigilancia, a la vez

que íbamos encontrando nuevos cómplices. En este caso su propia hermana mayor, hija de otra relación del padre (las dos hermanitas de 7 y 5 años lo fueron también; no así los hermanos de 11 y 9 años, quienes corrían a informar al mismo si algo sospechoso veían). De igual modo logré conquistar a su madre, la que ante ese marido posesivo; violento, celoso y tirano, como forma de desafiarlo, escondía a su hija y aceptaba nuestra relación, guardando el secreto del amor que su hija estaba viviendo, llegando incluso, en una oportunidad, a esconderme en un desván y esperar que hubiera la calma suficiente para indicarme que ya podía salir.

Como la madre era bastante nerviosa y eso solía traicionarla, una hora antes que el marido llegara, nos prevenía para que yo me fuera. No obstante, no faltó la ocasión en que el viejo llegara de improviso, ¡y entonces que se sucedían las carreras por el interior de la casa para buscar los escondites y hacer que todo pareciera normal! La mamá, a su vez, para evitar que los niños fueran a acusar a Azucena, los chantajeaba con tortas y dulces o con amenazas de castigos. Así logró calmarlos y que todo quedara en relativa normalidad, hasta que nuevamente los errores, dejando huellas de mi pasaje de intruso. Esto se convirtió en un peligro, pues el viejo comenzó a sospechar que algo ocurría al interior de su propia casa y para querer obtener la verdad golpeó a la pobre señora, quién a pesar de ello, no nos delató. Por seguridad, sin embargo, el enamorado no entró más en esa casa.

Aún con todo, logramos encontrar otros escondites: cuartos vacíos a un costado del garaje de su casa o incluso colchones abandonados o colchonetas, donde aprovechábamos para abrazar y besarnos durante una pequeña media hora, y de la que había que

salir antes que el *caballero* llegara. Una vez se nos pasó la hora, ni miramos el reloj de tan entusiasmados; besándonos, tocándonos, diciendo mutuamente cosas lindas, cuando el ruido del motor del auto del *monstruo* nos sacó del ensimismamiento. El *ogro* llegaba. Afortunadamente todavía no pasábamos al *acto*. Pero el miedo que nos dio fue enorme, y allí que nos refugiamos debajo de las colchonetas y ropas sucias, que estaban preparadas para lavarlas. Creyendo que él entraría al cuarto, pasamos algunos minutos con el miedo en el vientre. Mas haciendo un examen de la situación y en una acción espontánea y temeraria salí primero y ella luego. Fuimos corriendo al almacén de la esquina y compró sal, para volver corriendo a su casa. Yo me quedé plantado y escondido, buscando saber que habrá pasado una vez ya hubiera vuelto. Esperé sus señales entre los matorrales para entrar tranquilo de que no nada atentara contra su integridad ni la de su madre.

Así pasaron tres años en estos ejercicios de vaivenes; escondidas, carreras, verdades del amor que son mentiras clandestinas para el resto. Hasta que, súbitamente, fuimos sorprendidos por el *caballero* u *ogro* mejor llamado, quien la trató de «puta» y la zamarreó; cuestión que no soporté y al ver que el individuo venía de lleno hacia mí, con los ojos rojos de ira y violencia, completamente fuera de sí, conseguí adelantarme a su iracunda maniobra y antes que pudiera agarrarme de las solapas, le golpeé con todas mis fuerzas, saltando al mismo tiempo, como los boxeadores. El golpe lo recibió en el pecho y no se atrevió a continuar. Me amenazó con ir a la policía y de ir a ver a mi padre, aunque empezó por lo último, pasando de la amenaza a la acción. Mi papá le manifestó que yo, a mis dieciochos años recién cumplidos, era un hijo ejemplar, además de muy respetuoso con Azucenita y que él

me apoyaba en todo sentido: «Yo conozco a mi hijo y usted no puede imponerle de algo que usted no quiere que haga». Hubo palabras fuertes y amenazas de ambos lados. El viejo burgués, dueño de varias empresas, utilizó el único argumento que utilizan quienes tienen el poder del dinero: «¡Voy a pagar para que tú hijo no se acerque más a mi hija!» Mi padre lo tomó del cuello con una mano y con la otra de los *fundillos* para, acto seguido, aforrarle una súper patada en el trasero y así sacarlo del garaje: «¡Usted no entra mas aquí amenazando a mi hijo y no me importa perderlo como cliente!».

Poco tiempo después, la familia se cambió de casa hacia un barrio donde sólo a los ricos les era dado acceder: el barrio alto desde Plaza Italia (hoy llamada Dignidad) hacia la cordillera. Azucena se vio obligada a cambiar de colegio, aunque continuamos viéndonos clandestinamente. Encontramos un motel donde mentíamos con un falso carnet de identidad para aumentar su edad. Nuestros encuentros en dicho motel se sucedían una vez por semana bajo la excusa de ir a ver a su tía, quien habitaba en las cercanías del Parque Bustamante, y sólo a algunas cuadras se encontraba el motel Valdivia de gran reputación por sus habitaciones a temas. Yo era muy pobre y no podía pagarlo, pero Azucena se las arreglaba para tener dinero, pues venía de familia acaudalada. Cada vez una *suite* diferente. La que más nos gustaba era la ecológica, con cantos de pajarillos y vegetación al interior; una cama suspendida como si estuviéramos entre medio de las copas de los árboles, somier de bambú, un yacusi para masajes de agua y un caballito de mar en forma de carrusel para recrear la imaginación y experimentar nuevas posiciones, un refrigerador lleno de bebidas, entre botellas de champaña y varias de pisco. Al medio: una selva, perfumes de flores, rosas y madreselvas. Todo un escenario para el placer. Allí, en ese ambiente, nos desfloramos. Hicimos el

amor por primera vez; sin culpabilizarnos, sin sentir temor, ni miedo de nada, con un placer intenso. Olvidamos los preceptos religiosos sobre el pecado y la carne. Éramos tan felices que olvidábamos el mundo. Cada miércoles corríamos a ese encuentro furtivo, donde nadie podría hacernos daño. Nos sentíamos tan libres y aprovechábamos cada hora, minuto y segundo para acariciarnos Cada centímetro de su piel, sonrisa y hermosos dientes, sus ojos y su pelo, desde entonces reposa en mi memoria.

Azucena era imaginativa y buscaba los pretextos más increíbles para encontrarnos. Antes, sin embargo, debía tener las notas más altas en su colegio. Por lo mismo, muchas veces estudiaba con otras compañeras, de vez en cuando en su casa. Asimismo, ella iba también a las suyas y aprovechaba para pasar a verme.

Visitas furtivas de clandestino amor y a nuestro paso, la historia del país bullía con nosotros.

2.

Otro año pasa y en Chile es elegido Eduardo Frei Montalva, un demócrata cristiano, es decir, un centro derecha. Él aplicó una reforma agraria para controlar al campesinado que se estaba alzando vehementemente y al mismo tiempo, para ocupar las tierras de los

Mapuche con el pretexto de que ellos no las cultivaban y así continuar favoreciendo a los latifundistas.

En medio de toda esta agitación nacional, la marmita que estaba a punto de estallar: los trabajadores del cobre reclamando sus justos derechos de mejores salarios; así como los del carbón, en huelga por mejores condiciones laborales. De igual modo, la salud: las blusas blancas en la calle en grandes manifestaciones o los estudiantes reclamando reformas universitarias, los profes de las Ues y liceos protestando. Los sindicatos en esa época se iban haciendo cada día más fuerte. La CUT (Central Única de Trabajadores) asume un rol de clase y vanguardia al frente de las reivindicaciones y las luchas de trabajadores y estudiantes, de los sin casa que se organizan para tomar terrenos baldíos. Era la época de las *tomas*. Allí se produjo el asesinato de mujeres y niños en Puerto Montt por el entonces ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic, quién envió a la policía uniformada a desalojarlos por la fuerza. Era también el tiempo cuando las noticias informaban que el Ché Guevara se había ido a la selva boliviana para organizar una guerrilla. Luego fue ejecutado, como sabemos, dejando al mundo en duelo. Las esperanzas de una revolución mundial se volatilizaban. En Francia la revuelta se organizaba para hacer caer un gobierno y dar nuevas esperanzas, incluso más allá de sus fronteras.

Todos estos hechos comienzan a radicalizar a la juventud. Muchos quieren ir a engrosar las filas de la guerrilla; otros empiezan a militar en las Juventudes Socialistas con sus camisas verde oliva o en las comunistas, con sus camisas burdeos y otros en el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), una organización joven que nace al calor de la lucha en el Continente Sudamericano,

tomando como ejemplo la Revolución Cubana; la muchas batallas del *Che*, la guerra contra el Viet-Nam, las protestas en Europa o el Mayo del 68 en Paris. Otros líderes empiezan a conocerse en otras latitudes. Tal es el caso de Amilcar Cabral en África o Patrice Lumumba o en EEUU con Martin Luther King; Ho Chi Minh en Viet-Nam, Fidel Castro en Cuba o Mao Tse Tung en China. Era una juventud muy activa, ávida de aprender, que se interesaba por lo que pasaba en el país y allende sus fronteras; que discutía, conocía la existencia del Pueblo Palestino y los efectos causados sobre el mismo con la creación del Estado de Israel en sus tierras, quien a partir de su nacimiento fue usurpando territorios enteros e instalando colonias a la fuerza, sin pudor ni vergüenza en matar mujeres y niños palestinos en una ocupación cínicamente avalada por la ONU.

También a nuestra edad ya nos informábamos sobre los efectos de la guerra fría, el comunismo soviético o el maoísta en China, todas esas vivencias en un mundo convulsionado; mientras en nuestro chilito se iba produciendo un despertar, una evolución política o toma de conciencia de una juventud estudiosa y luchadora, que nos hizo definirnos muy pronto. Era 1966. Tanto Azucena como yo nos adscribimos a esa lucha, salvo que ella optó por las Juventudes Comunistas a sus tempranos 15 años y yo, un poco después, al entrar a la Universidad en 1967, en la Brigada Universitaria Socialista (BUS).

Un día Azucena llegó con *El Capital* de Karl Marx y otro, con la *Lucha de Clases* de Vladimir Ilich Lenin. Después Engels o Rosa Luxemburgo. Nuestros encuentros pasaron a convertirse en cursos y discusiones sobre Marxismo Leninismo. Ella, con gran pasión y amor, me entregaba esa literatura.

En esa época (aunque esto venía ya desde mis 10 años, cuando conocí a mi abuelo Mapuche) mi preocupación primera era conocer y estudiar sobre mis orígenes (*tuwün*); la historia de este pueblo, sus costumbres, cultura y lengua, entonces prohibida o ignorada por el estado chileno y la población chilena en general, quienes tenían por denigrante costumbre, motejarnos de «borrachos», «ignorantes», «incultos», «sin religión», ¡hasta de criminales sueltos! Así conocí los conceptos de racismo e insultos como «indio de mierda» y otros. Aprendí que Chile en general era un pueblo mestizo, aunque los cargos más importantes en su seno eran ocupados por personas de origen europeo y con apellidos muy lejos de ser de acá.

Comencé por conocer que ese pueblo, base de nuestra idiosincrasia fue y es un pueblo pacifico y muy valiente, que resistió primero al Imperio Inca y luego al invasor español; en circunstancias en que, con estos últimos se parlamentó casi de igual a igual, reconociéndoles su valentía y sus tierras (Tratados de Quilín y Negrete). Luego, con la arremetida del estado chileno y la pésimamente llamada Pacificación de la Araucanía, fue que el Pueblo Mapuche quedó reducido a una frontera al sur del río Bío-Bío, siendo que antes abarcaba incluso hasta el río Copiapó al norte de Chile con los Pikunche (Mapuche del Norte). El Estado chileno nunca respetó estos tratados, ni siquiera el de Trapiwe de 1825, en que se volvía a establecer la frontera al sur del Bío-Bío. Para conocer todo eso realicé viajes al sur de Chile junto a mi abuelo, quien me presentó a mi familia (*tañi reñma*), a los peñis y lamienes en el Wallmapu.

La vida junto a Azucena continuó con los sobresaltos de costumbre, provocados siempre por la negación de un padre austero,

autoritario, dictatorial y feroz, que quería controlar cada aspecto de la vida de sus hijos, en especial de Azucena: el tiempo en su colegio, con quienes se juntaba, quienes eran sus amigas y amigos, etc. Por cuanto era un personaje de la burguesía criolla, adinerado, se creía capaz de comprar todo, incluso la vida de los demás. Pero la «Carmencita» como yo la apodaba para enmascarar su verdadero nombre, era muy hábil y lograba escapar de esa presión paternal, con la fecunda ayuda de la madre, que tantas veces nos auxilió.

1966, un año decisivo para mí: la huelga de los estudiantes secundarios y mi compromiso con las reformas me costó la exclusión del liceo de curas. Éramos 21 los implicados, todos en el último sexto de humanidades (último bachillerato en Chile), quienes nos vimos obligados a rendirlo bajo exámenes libres. Nuestra osadía consistió en hacer huelga con toma del colegio, lo que era inaudito, pues pagábamos o más bien, nuestros apoderados pagaban. El mes de septiembre y parte de octubre fue bien “mojado” con los “guanacos” y las sucesivas lágrimas provocadas por las bombas lacrimógenas.

Solíamos encontrarnos con Azucena en el centro de Santiago, muchas veces escapando, tomados de la mano. Ella con su camisa burdeo de las JJ.CC. Tenía 16 años e iba en quinto de Humanidades. Yo, con 18 a mi haber, había perdido un año escolar que hube de repetir, a causa de mi rebeldía por no aceptar la historia oficial, sobre todo la referida al pueblo mapuche, de quienes se perpetuaba el estigma de flojos y salvajes. A pesar de ello, ese sexto y luego el bachillerato fueron un éxito. Los 21 expulsados nos pusimos de acuerdo para estudiar juntos y no tardamos en conseguir la ayuda de profesores comprometidos que solidarizaban discretamente con nosotros; quienes, además de enseñarnos aparte, nos prestaban salas

en otros liceos. Tomamos nuestro desafío muy en serio buscando lograr nuestro objetivo y así demostrarles a los curas de lo que éramos capaces. Funcionó rotundamente. Todos obtuvimos elevados puntajes y quedamos seleccionados en las diferentes universidades en que nos presentamos. Cuando volvimos al colegio de curas fue sin rencor, todo lo contrario: agradecerles por los años que pasamos en sus aulas, agregando que no era culpa de ellos sino del sistema educativo.

La Dirección del colegio colocó a la entrada del mismo, en el tablero de Honor, nuestras fotos bajo la leyenda: el mejor sexto que haya pasado por sus aulas.

Por mi parte emigré al norte, pues mi elección fue la minería. Esto significó para Azucena y para mí una dolorosa separación, mas esta no hizo sino reforzar el amor que teníamos el uno por el otro.

Era un mes de mayo en un otoño gris, como si un mal augurio fuera a producirse. Esa noche hicimos el amor con Azucena con una entrega alegre. Comentábamos y seguíamos pensando en un discurso que habíamos oído del Che. Un discurso lleno de esperanza para este continente moreno cansado de tanta ignominia, saqueo y opresión de parte de gobernantes sin escrúpulos que primero eliminaron pueblos originarios completos para apoderarse de sus tierras; luego hicieron de la población restante pura pauperización, creando así las *callampas* o *favelas*, o bien sacándoles los pulmones en las minas a los trabajadores en empresas que supuestamente «producen bienestar». ¡Esa arrogancia de los ricos al saberse apoyados por los gobiernos, la policía, el clero y, sobre todo, los militares!

A pesar de militar en organizaciones diferentes, respetábamos nuestras ideas y trabajábamos por la unidad de nuestros partidos, para que juntos pudiéramos construir una plataforma de lucha que permitieran recuperar las riquezas que al pueblo pertenecen, pues el pueblo las produce. Así, habíamos identificado nuestro enemigo principal. Sabíamos, de igual modo, que la lucha sería tan difícil y dura como peligrosa y larga. Primero porque, si bien era una lucha política, se pretendía pacífica; aún cuando estábamos dispuestos a pasar a una etapa diferente, como ya lo habían hecho otros países, siguiendo el ejemplo de Cuba libre y socialista. O como estaba sucediendo en Argentina, con grupos que se habían radicalizado en el enfrentamiento frontal con el enemigo, vale decir, la burguesía y su brazo armado.

Esa noche Azucena quedó embarazada. Las semanas que siguieron fueron de angustias y decisiones. Sentimos que debíamos *apechugar*, al fin que era fruto de nuestro amor. A pesar que teníamos muchas cosas en contra, también teníamos otras a nuestro favor. Sopesando; en contra estaba, primero que todo su padre. También estaba el tema de su edad, que aún no cumplía los 18 años. Asimismo, sus estudios: comenzaba recién en la Facultad de Pedagogía en Matemáticas y tendría que interrumpirlos. A favor estaba nuestra juventud, **algo parecido a la libertad** y mi familia que nos apoyaba en todo.

Sin embargo, ¿dónde viviríamos? y ¿con qué dinero? Yo era estudiante también y estaba por pasar a segundo año de carrera. En ese tiempo viajé casi todos los fines de semana de La Serena a Santiago, haciendo dedo, movido por la idea de aquella creatura en gestación y la mutua decisión de conservar ese bebé, que nos hacía

llorar de emoción y alegría. A las 8 semanas, en el primer control, pudimos darnos cuenta que estaba en perfecta forma y luego este continuó creciendo para transformarse en un ser

Mas, ¿cómo ocultarlo? Si sus padres (él, particularmente) lo hubiesen sabido antes de los primeros 4 meses habría sido seguro que la hubiesen obligado a abortar. Las primeras en saberlo fueron las hermanas. Ellas supieron conservar el secreto. Luego del cuarto mes se enteró la madre y, un mes después, el padre. Cuando este lo supo, ¡explotó en ira! Le amenazó con desheredarla, a lo que ella contestó con un formidable: «Váyase al diablo». Sólo la intervención de la madre y sus hermanas impidieron que el castigo paternal se tradujera en golpes. A pesar de ello, la familia de Azucena en completo aceptaría a ese retoño.

Yo por mi parte tuve que aceptar la decisión del consejo familiar y, al mismo tiempo que se comprometieron con ayudarla tanto como al bebé, mi entrada quedaba terminantemente prohibida dentro del seno familiar. Para peor se me quiso prohibir ver al bebé, situación que Azucena impidió, aduciendo que, de ser así, abandonaría para siempre la casa paterna.

En esas circunstancias nació Patricio Alejandro, un niño hermoso, mezcla de descendientes italianos, españoles y mapuche. La belleza de su madre Azucena entremezclada con la morenidad de mi piel. De un lado su madre, de familia más que pudiente, ubicada esta última al límite de la extrema derecha; y de la mía todo lo contrario, de escasos recursos y ubicados políticamente a la izquierda.

Azucena retomó pronto sus estudios en el mentado «Piedragógico» (Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile). Acababa de cumplir 18 años y se desenvolvía muy bien en los ámbitos de acción en los que se movía. A la vez que estudiaba, se ocupaba del niño, que estaba pronto a cumplir los 5 meses y mantenía un delicado equilibrio entre su familia y la mía. Todo ello, además de militar en la Jota, cuya participación era sagrada.

Así nos encontró el 1968, un año después del asesinato del Ché Guevara. Mayo devino en una revolución que comenzó en en Francia y se extendió mucho más allá, puesto que los estudiantes universitarios y los trabajadores paralizaron ese país, exigiendo más libertades en el plano social, político y sexual. Se levantaban barricadas en las grandes ciudades. Todo ello obligó a renunciar al presidente de la V República, lo que creó una crisis política de envergadura con los estudiantes a la cabeza del movimiento. La Sorbonne fue ocupada; en el Boulevard Saint Michel se levantaron los *pavées* (adoquines), instalados desde la Edad Media. Toda esta revolución contagió a los países vecinos y llegó hasta América del Sur. Chile ya vivía transformaciones significativas y la izquierda comenzaba a unirse en torno a una alianza común, como fue la Unidad Popular (el cual congregaba al PS; PC, MAPU, MOC, IC, PR y API), que llevaría como candidato al socialista, doctor Salvador Allende Gossens.

El día fatídico, los estudiantes universitarios estaban por iniciar una manifestación para dirigirse al palacio presidencial, cuando una violenta represión se inicia sobre ellos. En algunos centros universitarios no alcanzaron a terminar sus asambleas cuando ~~carabineros~~ (los pacos) ya estaban rodeando dichos recintos;

especialmente el Pedagógico, que se encontraba en los alrededores del Estadio Nacional. El ruido de las bombas lacrimógenas y *guanacos* azotando sobre los estudiantes que recién iniciaban o iban saliendo de los edificios universitarios para la marcha hacia La Moneda.

Los del Pedagógico salían en grupo compactos, sin ninguna organización preestablecida. Lo hacían en forma espontánea y trataban, a su vez, de apoyar a los que se encontraban en dificultades, rodeados o aislados del resto por la «marea verde». Azucena salió del Aula Magna siguiendo a sus compañeros. Iba con su camisa burdeo y un jean azul. Su rostro irradiaba belleza. Su cabellera castaña clara, casi rubia, despedía destellos dorados que se confundían con los rayos del sol. De pronto, su bella voz empezó a entonar los cánticos de la juventud en las manifestaciones de esa época: «Los estudiantes unidos» o «Mira la Batea». Al mismo tiempo, el ruido de los motores de los vehículos de la represión. Luego vino una lluvia de bombas lacrimógenas y el agua de los guanacos sobre la masa estudiantil.

Azucena estaba al medio de esa multitud. Su alegría juvenil, la vitalidad que desprendía, en medio de esa multitud. De pronto, un terrible un haz luminoso cargado de muerte y destrucción rebotó en la cuneta, para con ello cambiar de rumbo e impactar de lleno en la cabeza de Azucena. El mundo crujió y yo con él. No cayó al instante de recibirla; caminó varios pasos, como si flotara a tientas en la oscuridad, para recién entonces desplomarse. La hermosa cabeza de Carmencita dándose de bruces contra el pavimento. Sus compañeros corrieron a levantarla para llevársela en medio de aquel aire irrespirable. Su quietud, sin embargo, tenía signos de tragedia. Como pudieron la llevaron al hospital, pues ningún vehículo pasaba por la

Avenida Campos de Deportes, mejor llamada en ese momento, «Campo de Batallas».

En esos momentos yo no sabía qué estaba sucediendo. La universidad que yo frecuentaba se encontraba en un sector opuesto de la ciudad. Allí también se estaban desarrollando manifestaciones, cuyo motivo era la demanda de reformas en las universidades. Esa noche, sin embargo, al llegar a casa de mis padres, estaba Amelia, una media hermana de Azucena, esperándome con la mala noticia. Llegamos raudos al hospital, a pesar que el taxista nos quiso llevar por otra ruta, dadas las manifestaciones que se multiplicaban en cada sitio, convulsionando el ambiente en la capital.

Una semana duró el combate de Azucena del Carmen contra la muerte. El estado de coma permanente en el que quedó la fue debilitando sin cesar, hasta que sus órganos vitales, uno a uno fueron apagándose. Su último halo de vida fue un martes 13. Fue asesinada por la policía del gobierno de Frei Montalva, el mismo presidente que más tarde sería muerto por la dictadura a la que originalmente apoyó.

Tras ello no vino sino la pena y la más amarga de las tristezas. Para mí fue como si me hubieran arrebatado de cuajo los deseos de vivir. Sólo la existencia de Patricio Alejandro (o Alessandro o Sandro, como fue el nombre que le dieron años después) me mantenía ligado a este mundo.

Los funerales de Azucena fueron con una gran demostración de fuerza. Estábamos los más próximos, vale decir, yo, su familia y los camaradas de las Jota, pero también los y las compañeras de Universidad, las ex compañeras del Colegio Santa Rosa, los vecinos y

vecinas; en fin, un pueblo unido quien la acompañó hasta su morada final. Sus padres eligieron el Cementerio Judío con una ceremonia dirigida por un rabino.

Viví durante mucho tiempo con la garganta vuelta un nudo. Casi un año con esa inexpugnable tristeza a cuestas. Nuestro amor fue roto por la muerte que la policía arrojó y algo de vida se me fue en aquel suceso. Aún guardo en mí su recuerdo y sé que pudieron haber pasado muchas cosas más de haber seguido viviendo. No pocas veces he pensado, doliéndome, qué habría sido de ella y de nosotros tras el golpe. La respuesta será un misterio para siempre.

Al mes siguiente de su muerte, recibí una cita a comparecer al Tribunal de Gran Instancia de Santiago frente al matrimonio Nieto (sus padres) por la responsabilidad de asumir a Patricio Alejandro, entonces de 5 meses y al cual, durante todo ese mes solo pude ver en 4 oportunidades y siempre a escondidas de los abuelos, quienes impedían que yo me acercara a su casa, un palacete en Vitacura casi a las faldas de la cordillera. Felizmente, una de las hermanas de Azucena (o media hermana, hija sólo del padre) salía a pasear al pequeño y con ella logramos convenir que durante el fin de semana yo pudiera verlo en una iglesia cercana a donde vivía la familia Nieto. Esa media hermana había sido resultado de un amor clandestino del viejo y posteriormente, fue la demanda de un Tribunal lo que obligó a reconocerla y criarla junto a sus otros hijos que comenzaban a llegar al mundo. Cinco fueron estos: dos varones y tres niñas, de los cuales la mayor había sido Azucena. Esta media hermana, a su vez, había tenido un hijo en las mismas circunstancias que Azucena y, por tanto, comprendía mi situación y empatizaba conmigo, pues comprendía el

egoísmo de su padre, quien actuaba como un patriarca o lo que es igual o peor, dueño de fundo.

Al llegar al Tribunal, tarde me di cuenta de lo que me esperaba: la trampa que me habían jugado. Allí pidieron la adopción total de Patricio y adujeron a su favor la solvencia económica familiar y mi incapacidad de asumir el *rol de papá*. ¡Él es un pobre roto que no tiene donde caerse muerto! En cambio, ¡nosotros le daremos de todo a ese niño! Y acto seguido, el *ogro* del padre se acerca al juez y le desliza un sobre cerrado con un cheque. Toda esta farsa se desarrolló en escasos minutos. Fue mi primer contacto con la «justicia» chilena. En ese tribunal no tuve siquiera derecho a la palabra. El juez ni siquiera me miraba y cuando lo hizo, fue con completo. De esa forma, el matrimonio Nieto se adjudicó un hijo. Todo ocurrió tan rápido. Las palabras de ese juez me martillaban la cabeza como si repitiesen el mismo nombre millones de veces.

–¡En adelante se llama: Alessandro Maximiliano Nieto Rinaldi! ¡Y al progenitor biológico se le declara inapto, por cuanto entrega su hijo en adopción!

Me quisieron obligar a firmar ese papel, repleto de párrafos con frases leguleyas que yo no alcanzaba a leer, pues mis ojos estaban nublados por lágrimas de impotencia, rabia, pena y tristeza, todo mezclado a la vez. Sentía el mundo venírseme abajo, mientras el *tinterillo* del tribunal se acercaba con un lápiz. No soporté la humillación de ese robo descarado de los poderosos: «¡Me están robando a mi hijo!», grité con toda la fuerza de la que eran capaces mis pulmones y vientre. «¡Más encima quieren que yo firme para que acepte este robo! ¡No acepto vuestras leyes de winkas colonizadores!»

e hice pedazos los papeles, haciendo una pelota con ellos que entonces arrojé al juez. Rebotó en su cabeza y luego en la del viejo Nieto, más exactamente en su ojo derecho. Seguí gritando todo lo que se me venía a la mente y les prometí que recuperaría a mi hijo cueste lo que cueste. El juez llamó a los ~~carabineros~~ (pacos) que estaban en la sala para que me desalojaran, quienes *manu militari* me sacaron de los tribunales, amenazando con desacato y ofensas a la autoridad judicial, lo que significaría una orden de arresto para enviarme en prisión por 60 días más una multa asociada. Ello, además de que se me impediría acercar siquiera a la casa de esa familia, bajo un radio de 3 kilómetros a la redonda.

Tenía 20 años y esa fue mi segunda tragedia. No me quedó más que dedicarme por entero a mis estudios: cursaba segundo año de Ingeniería en Minas en La Serena. Perdí varios ramos a fines de ese año, los que tenía que repasar en marzo del siguiente, según la modalidad de la época. El fin de ese año 68 fue sin compañera, sin hijo, sin dinero y mal en mis estudios, echado a la peor suerte.

Entonces, en enero del 69 «tomé el toro por las astas» y decidí reconstruirme. No para olvidar, que jamás; sino que para volver a vivir, me fui a trabajar en las minas a Andacollo, en una práctica pagada por la ENAMI. Para recomenzar un nuevo año con buen pie, me encerré en los libros y me reafirmé como militante de la Brigada Universitaria Socialista (BUS), sin cejar en mis estudios sobre marxismo. Allí conocí compañeros que venían de Bolivia y militaban en el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

A la par de mis estudios, participé activamente en la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica. También

apoyaba a los circenses del Circo Minero de Estudiantes de nuestra universidad, donde participaba esporádicamente cuando se me solicitaba, generalmente como tramoyista o payaso. También hice mucho deporte: fútbol, baby-fútbol, básquetbol, voleibol y atletismo, inclinándome por la maratón que se realizaba cada año entre La Serena y Coquimbo.

Ese año 69 tuve la suerte de poder viajar a Cuba, producto de una especie de beca que nos ganamos los de la BUS. Esto me permitió conocer directamente los logros alcanzados por la revolución de los «barbudos», así como las dificultades que debían sortear con el embargo criminal que impusieron los yanquis y las constantes amenazas de invadir la isla. Quedé impregnado con el fervor de defender esa revolución, con la gente de ese país que la defendía «a dientes y muelas».

Al volver traté de contactar con mi cuñada para intentar ver a mi hijo, que ya tenía dos años, pero fue misión imposible. Habían cambiado de teléfono y no tuve modo de dar con ella.

Vino 1970 y el triunfo de Salvador Allende. El país estaba convulsionado. Se sucedió un intento de golpe de estado dirigido por un tal Viaux, general fascista que sacó tanques a la calle. Recuerdo que el alcalde de San Miguel, Tito Palestro, ordenó que todos los camiones municipales hicieran barreras para impedir que los tanques llegaran a La Moneda. El pueblo trabajador también inundó las calles de Santiago para defender la democracia y finalmente los golpistas fueron arrestados.

Antes que Allende fuera ratificado por el Congreso, como era la norma, otros fascistas, esta vez civiles, asesinaban al General Schneider, militar constitucionalista. La derecha, con el apoyo del Pentágono, ya estaba tramando las más bajas triquiñuelas para impedir en Chile un gobierno de carácter socialista.

Salvador Allende asumió el 4 de noviembre de 1970 y, mientras tanto, mi vida sufrió varias transformaciones. Hubo varios romances que, sin embargo, no me hacían o permitían olvidar a Azucena. Conocí varias chicas, de las cuales 5 marcaron mi vida en esos años de *revolución*. Unas eran camaradas y otras simples burguesitas con las cuales pasaba el rato. Sin querer justificarme o dar explicaciones, poco a poco ese pasado triste y amargo lo fui escondiendo en el fondo de mi corazón y no mencioné a nadie la existencia de Azucena ni de Patricio Alessandro, quien después se llamaría únicamente Sandro. Todo esto lo guardé durante años como un secreto o un tesoro, hasta que conocí a la mujer que sería la madre de mis hijas, una COMPAÑERA con letras mayúsculas que me acompañó durante años, hasta en lo más duro y difícil de nuestras existencias.

Terminé mis estudios de Ingeniero de Minas en La Serena y volví a Santiago a continuar la Escuela de Ingenieros Industriales, a la vez que a militar en la comuna donde habitaba. Pronto encontré trabajo en una empresa agroalimentaria y, por cosas del destino, el propietario era el padre de Azucena. Esta fue pronto intervenida a petición de los trabajadores. El patrón estaba atornillando al revés y sacando los capitales del país. ¡Qué ironía de la vida... fui a trabajar a la empresa de mi suegro! ¡Encima con lo que me odiaba! Con decir que, al enterarse que venía con el equipo interventor para trabajar en

la planta técnica como supervisor de producción, su odio se convirtió en obsesión criminal, llegando a amenazarme por personas anónimas. Corría el año 1971 y esa fue la última vez que supe de él.

Trabajábamos de sol a sol, muchas veces de noche como voluntarios para levantar las empresas que los ricos propietarios desmantelaban para llevarse los capitales a EE.UU. Uno de los empleados que le había sido fiel anteriormente al patrón y que continuaba en la empresa, me confidenció que él visitaba al viejo. Me hablaba de su ánimo y, poco a poco, también sobre mi hijo. Para ello tuve que contarle la historia vivida con Azucena y la consecuente existencia de mi hijo Sandro. Asumo que no confiaba en él al principio. Esta jugarreta podía convertirse en «arma de doble filo», vale decir, él podía traicionarnos. Finalmente, las dudas se disiparon y todo ese miedo se convirtió en amistad. En muchas oportunidades puso a prueba su lealtad, de modo que lo convertimos en uno de los nuestros. En forma discreta, siguió visitando al ex patrón, abuelo de mi hijo. Gracias a esas visitas yo tenía novedades de Sandro, incluidas fotos del niño. Todo esto hasta que un día la familia Nieto desapareció. Se fueron a Miami, por lo que supe. Ahí llegué a perder la esperanza de volver a ver a mi hijo.

2.

Año 1973, 11 de septiembre, golpe de Estado.

Caí en centros de tortura y estuve 3 años en la cárcel hasta que pude salir de Chile. Luego vino el exilio, que me hizo instalar en una nación del este de Europa, sin ninguna posibilidad de saber del niño, quién al año 73 tendría ya 5 años. 9 o 10 años después, por cosas de la vida, estuve a algunos kilómetros de Miami: México, Cuba, Nicaragua, siempre pensando en él.

Me dieron el paso de viajar, por lo que aproveché de ir a Chile en forma clandestina, con documentos de otro país y otro nombre. Apátrida como era hasta ese momento, volé desde Miami a Buenos Aires, lo que me permitía recorrer más de 50 países sin ninguna dificultad dado el pasaporte azul que me fue entregado por Naciones Unidas. Había trabajado en 4 continentes como geofísico y esta vez, me encontraba a tan sólo algunas horas de mi país. Con esta nueva identidad llegué a San Juan y de allí a La Serena, mientras acababa la primavera. Tuve que tomar un tranquilizante, los nervios me devoraban vivo al momento de cruzar la frontera.

Una vez en La Serena distinguí a muchos ex colegas de universidad caminando por la calle, a quienes no podía siquiera saludar, dadas las estrictas reglas de compartimentación que debía seguir. Supongo que también debía haber cambiado físicamente, pues me topé de frentón con Luchito, con quien habíamos compartido pieza en la pensión estudiantil, y me queda mirando. Pensé que me iba a saludar, pero dudó en hacerlo por no estar seguro de conocerme. Ya habían pasado alrededor de doce años que había emigrado a Santiago. Tenía otro *look* y pude efectivamente comprobar cuánto había cambiado, al encontrarme siete años después nuevamente con mis ex compañeros de U.

Al llegar a Santiago comencé la búsqueda discreta de mi hijo, con magros resultados mediante. Era como si medio Chile hubiese desaparecido, muerto, esfumado o hubiese emigrado a otras ciudades o países. Llegué a un país completamente desconocido para mí. El miedo era el que reinaba. No me atreví a visitar a mi familia. No quise comprometerlos, por si me fuera a pasar alguna cosa. Ya habían tenido suficientes problemas por mi culpa o mejor dicho, por culpa del tirano.

El tiempo pasó rápido y tuve que volver a salir del país por razones de seguridad: la muerte de un joven militante de nuestra organización nos obligó a volver a partir. Me radiqué en otro país de Europa al asistir a un Congreso del Partido. Fui como delegado para defender una opción más revolucionaria dentro de la organización. El Congreso se prolongó más allá del tiempo pronosticado y las discusiones se hacían cada vez más largas con oradores que hacían dormir al público simplemente por no decir nada concreto y prolongaban expresamente el tiempo para “aceitar las máquinas”. Se hacían alianzas de lo más increíbles, aun de grupos hostiles entre sí sólo para enterrar a otras opciones.

Y yo, que debía volver al país que me cobijaba, a Rumania, para seguir con mi trabajo de geofísico, me quedé bloqueado en Paris. Mis camaradas más cercanos, en especial los combatientes y aquellos que hicieron prisión en el mismo período que yo, me ofrecieron la posibilidad de quedarme en ese país. Lo primero que hago fueron los trámites de asilo y refugio. Luego vino una oferta de trabajo como mecánico de precisión. Después, un hogar de refugiados a algunos kilómetros de Paris, donde llegué a vivir. En cuanto al idioma, en el

mismo hogar impartían cursos de francés. Todo salió muy rápido, el apartamento, hacer venir a la familia, esposa e hija y lo más difícil: habituarse a un nuevo idioma, a otras costumbres e idiosincrasia y sobre todo, a no desmoralizarse.

Así pasó un año de nuestra llegada y pronto fue el anuncio de un nuevo retoño que resultó ser otra niñita, la que nació a los seis meses de embarazo. Ello le significó graves problemas sanguíneos, aunque el avance de la medicina logró mantenerla en vida y con buena salud.

Entretanto la dictadura continuaba haciendo de las suyas. Pasaron varios años más para que hubiera el asomo de una frágil democracia. La gente comenzó presionando. También nace el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el Lautaro, mientras tanto los partidos tradicionales, vale decir, PC, PS, Mapu, Mapu Obrero Campesino, con tanta represión y persecución a sus militantes, se fragilizaron y fraccionaron durante estos duros años. Con la llegada de los ochenta, el MIR queda casi destruido, pero vendría otra generación de militantes más jóvenes que luchaban con y sin armas. Los caceroleos se hicieron cotidianos. Las barricadas, no sólo en el casco central de la ciudad, sino también en los suburbios. Famosas son las poblaciones que entraron en resistencia como La Legua, La Victoria, Villa Francia, La Bandera y otras solo por nombrar las más emblemáticas. Para cruzar a alguna de ellas había que presentar salvoconducto. Se crearon grupos organizados de autodefensa que resguardaban y vigilaban las posibles infiltraciones del enemigo principal con sus agentes civiles. «No te conozco, ¿quién te mandó? No, entonces no entras».

La llegada masiva de camiones, fueran estos de carabineros o militares, se conocía de antemano a través del correo de las brujas. Así los dirigentes más buscados tenían tiempo para ocultarse, al tiempo que los jóvenes y adolescentes preparaban el recibimiento a la invasión del enemigo, mediante *miguelitos* en todos los puntos de entrada y enormes fogatas con barricadas. Al primer cruce con los vehículos, estos eran recibidos con una nube de piedras y bombas molotov y otros artefactos disimulados con cartones que explotaban al pasar la caravana invasora. Todo ello pude ver y constatar directamente en un viaje clandestino al país, que duró cortos meses, y que fue producto de la muerte de un joven militante del nuevo PS Salvador Allende, asesinado tras ser arrestado en una escuela de formación política militar. Esto obligó a la organización a sacar los cuadros clandestinos llegados desde el exterior.

Un día estando en Paris, cerca del final de la dictadura, di con un tesoro que una amiga había obtenido después de un viaje a Chile. Era una guía de teléfonos de allá. Salté como por acto reflejo, cual si fuera un canguro, para devorarme la guía, cosa que no pude hacer estando en Chile poco tiempo antes. Empecé por buscar nombres, direcciones y números de teléfonos de la familia y amigos de Azucena. Para mi gran sorpresa estaba el de mi pequeña cuñadita, la menor de los hermanos y hermanas de Azucena. Me corroía la curiosidad y decidí enviarle una carta postal de Paris. Pasó más de un mes y recibo una carta lacónica y llena de sospechas y dudas por suplantación de identidad acompañada del recorte de un diario fechado el 21 de septiembre de 1973.

–Señor, ¿qué pretende usted?, ¿dinero?, ¿quiere saber algo de mi hermana o cuñado? Pues bien, sepa que los dos están muertos. A

mi hermana la mató una bomba lacrimógena que explotó en su cabeza y a mi cuñado lo fusilaron en septiembre de 1973. Le envío este recorte de prensa que comprueba lo que digo.

Veo el recorte y efectivamente aparecía mi nombre y apellido, acompañados de una foto que señalaba el estado en que quedó la casa después del allanamiento. Otra foto mostraba una cantidad impresionante de armas que habrían sido encontradas en el patio. La noticia informaba que habíamos muerto en un enfrentamiento que se produjo con los militares, en un «operativo triunfal contra los extremistas».

Tomé esta carta con gran decepción y, después de varios días, me decidí a escribirle de nuevo. Fueron doce páginas en la que le contaba a Mónica todo lo sucedido desde mi arresto y simulacro de fusilamiento, las torturas a las que fui sometido. Luego relaté sobre la actitud de sus padres para apoderarse de mi hijo. Sobre el período de la UP, mi trabajo en la fábrica de su padre cuando fue intervenida. Mis años de aislamiento vividos en prisión y luego mi expulsión y exilio. Para dar más detalles le describí que yo solía llamarla Monita y que, en esa época, antes que dejara de verla en 1969, ella tenía 5 años y yo la subí «al apa» en mis hombros por última vez. Asimismo, que la paseaba en una motocicleta para dar vueltas por la cuadra y otras cosas tan simples que a ella hacían feliz. «No estoy muerto», le escribí, «pero casi lo estuve. Mi vida cambió completamente después de la muerte de tu hermana Azucena, a quién nunca pude olvidar, menos siendo la madre de mi hijo. El robo que de él me hicieron no se lo puedo perdonar a tu padre, el viejo Nieto. Gracias a una guía telefónica pude comunicarme contigo. Mi intención era saber de mi hijo Patricio Alejandro, nada más».

La respuesta fue más rápida y la emoción que sentía se reflejaba en su escritura. Pudo reconocerme por pequeños ejemplos que yo le detallé que quedaron grabados en su memoria. Siendo ella niña en esa época y ahora, varios años después ya de adulta, estos volvieron a su memoria. Su carta llegó para el día que Azucena estaría de cumpleaños. Mónica me pidió que hiciera un esfuerzo para comunicarme con ella vía telefónica y así poder contarme de Sandro, que era su nuevo nombre.

Llamé el mismo día de recibir su carta y creo que una hora fue corta para resumir esa conversación. Supe al fin de mi hijo, quien tenía 19 años y había sido educado en colegios particulares católicos. Luego se radicaron en el norte grande de Chile, donde el viejo Nieto lo llevó a una sinagoga buscando convencerlo de aceptar su origen judío. Mas desde muy pequeño se preguntó: «¿por qué mis padres son tan viejos? los papás de mis compañeros de clase son todavía jóvenes». Y fue Monita quien se atrevió a contarle la verdad a Sandro:

–Ahora que tienes 10 años y comprendes mejor las cosas de la vida, es necesario que sepas quienes eran tus verdaderos padres. Ella y él eran luchadores sociales. Buscaban que el pueblo tuviera mejores condiciones de vida. Sus ideales eran justos y sacrificaron sus vidas para que este sistema cambiara. Tu madre era militante de las JJ.CC y tu padre era un revolucionario del Ejército de Liberación Nacional al interior del PS. Por eso, esta sociedad de dominación de los ricos sobre los pobres no podía aceptar que sentimientos tan nobles pudieran seguir existiendo, y se decidieron a eliminarlos. Pero los ideales viven en las personas. Y por ello, matar un ideal es desatar la

matanza sobre la gente. Primero mataron a tu madre y luego fusilaron a tu padre, o eso creímos hasta ahora.

Entonces abrió un cofre donde guardaba como un tesoro los recortes de diarios que daban cuenta de las muertes de mamá y papá y le pidió que, por favor, guardara el secreto hasta su mayoría de edad. Agregó que nunca podría perdonar a sus padres lo que hicieron con él: Ocultar la verdad, sobornar jueces para impedir que tu padre te viera, coger para sí al pequeño retoño que eras y mentir.

El niño, a partir de ese día, miraba a los *padres-abuelos* con otros ojos. Comenzó a odiarlos por dentro, al tiempo que se convertía paulatinamente en un rebelde. Mas actuó con inteligencia. Aceptó lo que le ofrecían: un hogar, alimentación, estudios y ropa, y aplicó la política del avestruz, vale decir, disimular el odio que por ellos secretamente profería.

Su abuela, con esa intuición femenina, comenzó a sospechar que algo pasaba en Sandro. Fue la primera en notar ese cambio repentino, con arreglo al cual le era imposible a Sandro demostrar ese mismo cariño espontáneo que antes era en él tan habitual. Todo, debido a la gran mentira que el viejo había cimentado sobre ese hogar.

Con el tiempo la familia emigró a Antofagasta, quedando sólo Mónica en la capital. Al cumplir los 18 años Alessandro ingresó a la Escuela de Minas, tal como lo hizo su padre biológico 19 años antes. Al mismo tiempo se enroló clandestinamente en una organización revolucionaria.

Volviendo al intercambio epistolar con Monita. Poco tiempo después que este ingresara a la UTE, ella pensó en contarle toda la verdad, incluyendo el hecho de que yo estaba vivo y le había escrito. Al fin que, ¿cómo explicarle? Si ella misma le había mostrado los recortes de diario que señalaban la muerte de uno y otro respectivamente. Optó por darle mayor tiempo y aguardar otro tanto.

Transcurrieron dos años más. Poco a poco comenzaba a avizorarse una salida a la «democracia», con algunos signos de cambio. EE.UU. fue mermando su apoyo a Pinochet y a presionar, en consecuencia, para que abandonara el poder y llamara a elecciones. Lo primero era llamar a plebiscito. Aparecieron listas de exiliados que podían ingresar al país. Yo estaba en la última lista, poco antes del triunfo del *No*. Pude venir posteriormente a este referéndum organizado por el déspota. Esto produjo que muchos hogares se sintieran desahogados y pudieran respirar a sus anchas nuevos aires entremezclados con la esperanza de un cambio democrático. Los exiliados fueron entrando por miles al país. Muchos ya no tenían hogares y entraron a reconstruirlo. Otros fueron directamente al reencuentro con sus familias, tan diezmadas por esos años de represión. Otros simplemente volvieron para ver con sus propios ojos el país en el que se había convertido tras 17 años de dictadura. En cualquier caso, constituyó un «cambio» y un paso enorme hacia adelante.

Al fin salí en las listas de los que podían entrar. Aproveché esto para comprar un boleto de avión y, como Mónica estaba atenta y al corriente de las novedades, junto con anunciarle mi próximo viaje, le pedí que viera la manera de encontrar a Patricio Alejandro, ahora Alessandro Giovanni.

El sol en Chile brillaba como nunca antes y, 14 años después más 3 de prisión, veía el país con ojos distintos a la vez anterior, cuando había estado sólo por algunos meses, corriendo el peligro de la clandestinidad. Pedí permiso en el trabajo para ausentarme por lo menos un mes. No era el periodo de vacaciones en Francia, pero de todos modos aceptaron este adelanto. Anuncié el viaje a mi familia en Chile; a los ex compañeros de la UTE, a los camaradas del partido y por supuesto a Mónica.

El viaje fue en la Línea de Aviación Paraguaya (LAP) desde Bruselas, Bélgica. Fue un viaje apoteósico, en el mismo vuelo íbamos varios chilenos exiliados en Francia, Bélgica, Holanda. Muchos volvían por primera vez. Asimismo, varios conocidos a bordo. La conversación se sucedió amena y, en cierto momento, uno de los viajeros sacó la guitarra e interpretó canciones de Víctor Jara, Violeta Parra, Patricio Manns, Atahualpa Yupanqui y boleros del recuerdo. Más de un lagrimón nos cayó de los ojos. La calma llegó al caer la noche, después de una cena bien regada. Hasta whisky hubo, para hacer los «¡Salud!» correspondientes.

De pronto: turbulencias. Era el triángulo de las Bermudas. Dudamos acerca de si llegaríamos a salvo a nuestro destino. Antes habíamos hecho escala en Madrid, después en Río de Janeiro y en Asunción cambiamos de avión. Este era más chico y el interior se llovía: caía agua de la condensación. El aterrizaje final fue catastrófico, dando tumbos. A cada salto daba la impresión que el avión se fuera a desintegrar. Gritos de pánico. Al fin se detuvo, pero el susto que pasamos aún lo tengo presente.

La llegada al aeropuerto de Santiago y la ansiedad por ver a la familia. «¿Cómo estarán?», me preguntaba, «¿estarán esperándome?, ¿me dejarán entrar a Chile ?, ¿voy a reconocerles?, ¿estarán muy cambiados?». Muchas interrogantes y la ansiedad de verlos a todas y todos.

Una larga espera antes de bajar al aeropuerto. Luego vino el paseo de la correa transportadora para esperar las maletas. La mía no apareció, por lo que hizo atrasarme. Tuve que hacer el reclamo en las oficinas de LAP en Santiago, quienes me indemnizaron con 200 dólares para comprar ropa. Lo cómico fue que apareció casi un mes después, cuando me devolvía a Francia. Había recorrido varios aeropuertos, hasta que en uno de ellos fue abierta para encontrar algo que identificara al propietario, y así fue que volvió a Santiago.

Mientras tanto, la familia estaba preocupada pensando lo peor, dado que todos los pasajeros ya habían salido. Al pasar la caseta del paco de Investigaciones, éste miró varias veces el pasaporte francés y me hizo esperar en una sala aparte durante largos minutos.

¡Uf!, ¡al fin salí! Al abrirse las puertas automáticas veo un mar humano; gente con letreros señalando el nombre de algún pasajero, familiares de los mismos, así como decenas de ojos que me miraban buscando reconocerme. Alguien gritó: ¡Es el Pato! La voz era de mi hermana. Los que estaban detrás de ella corrieron a encontrarme, cercando el paso en la espera de su turno para abrazarme. La emoción en sus ojos era indescriptible. El mundo en la garganta que sentía me hizo intentar aflojar la corbata. Mas para cuando lo intenté, caí en cuenta que nada exterior ceñía mi cuello. Algunos abrazos eran tan apretados que me impedían respirar. Recuerdo igualmente los

palmetazos en la espalda, costumbre olvidada en el exilio. Las lágrimas de mi hermana, mamá y papá, hermanos y la mía propia parecían ríos. Nuestros corazones latían como si fueran a salirse del pecho, al tiempo que seguía apareciendo más familia: las sobrinas; sobrinos, una prima junto a una tía, un amigo de infancia, otro compañero de liceo, algunos de la UTE de La Serena, al igual que otros ex prisioneros políticos y camaradas del Partido Socialista.

Mucha gente, muchas emociones. Alegría, cantos de bienvenida. ¿Serían cien o tal vez más? Miraba sus caras cambiadas, cabellos blancos o calvos, algunos más gordos, todos con más arrugas. Parecía que todas y todos querían tocarme o intercambiar palabras de bienvenida conmigo. Oí una botella de champaña ser destapada al grito de: ¡Salud!, seguido de Ce-Hache-I y las arengas y cánticos propios de la UTE. Otras voces coreaban *El Pueblo Unido* o la *Marsellesa Socialista*. Asimismo, *La Internacional* y el himno de la UTE para, finalmente, culminar con el tango *Volver*.

Voy llegando a la salida. Allí nos esperaba una micro que papá consiguió entre sus amistades y clientes del taller de vulcanización. En ese bus iríamos a la casa familiar, donde nos esperaba un cocktail de bienvenida. Otros iban en autos personales y como había tanta gente, hubo algunos que subieron a los autos de mis ex compañeros de la UTE.

De pronto, entre la gente reconozco a la Monita, gracias a una foto que me había enviado por correo. Iba acompañada de un joven y sus ojos se inundaron en lágrimas al verme, tal cual estaban los míos. Me presentó a su acompañante, un lolo de una veintena de años: Alessandro Giovanni Nieto.

Puse cara de interrogación e inquirí: ¿Patricio Alejandro Rovira Nieto? Y me presenté: Yo soy Patricio Rovira. El joven parecía no comprender nada y volvía constantemente la mirada hacia mi o a su tía, buscando saber qué ocurría. Ella le respondió:

–Esta es la sorpresa que quería darles a ambos, ¿podemos apartarnos unos minutos del resto de la gente? Nosotros no podemos acompañarte, pero podemos vernos mañana si tú pudieras también.

Pedí excusas a los que me rodeaban. Mi familia no comprendía nada tampoco y con gestos me preguntaban qué ocurría. Mónica quiso explicarle todo cuanto había ocurrido; intentaba hacerlo, pero su voz quedaba adherida a la garganta apenas pronunciarse. Finalmente, algunos sonidos pudieron emerger desde el fondo de su glotis:

–Sandro, te pido por favor que tengas la tolerancia necesaria y sepas escuchar lo que te voy a decir a continuación. ¿Te acuerdas la vez que preguntabas por qué tus padres eran tan viejos? Entonces tú recién habías cumplido 10 años. Allí te conté que ellos no lo eran en realidad y que tus verdaderos padres estaban muertos. Al menos, eso era lo que yo creía en relación a tu padre. Tú mamá, en cambio, sí lo está, doy fe pues yo asistí a su sepelio. Pero la vida a menudo nos depara sorpresas y esta es una de ellas: Estás frente a tu padre genitor. Tú ahora eres un adulto y puedes, por tanto, comprender lo que este país ha vivido durante esta larga noche de 17 años, así como las consecuencias que esto trajo.

Los dos quedamos mirándonos frente a frente. Nuestros ojos no se despegaban tratando de adivinar lo que estábamos sintiendo en esos momentos.

–¡No comprendo nada!, ¡necesito más calma para entender todo esto y sobre todo, una explicación de su parte, señor! Un día veo a mi padre que hoy tiene 88 años, mientras que yo apenas 20, y le pregunté ¿por qué me mintieron? ¡Ese secreto lo guardé a lo menos diez años, en circunstancias que yo sólo pedía que me dijeran la verdad! ¡Y hoy aparece alguien que dice que es mi verdadero padre! ¡como si hubiera resucitado! Honestamente, no sé qué decir, que creer o a quién.

Los días siguientes los pasamos juntos, acompañados del resto de mi familia, que él no conocía y que era suya también: su otra abuela; abuelo, tía, tío, primas, primos. De igual modo, buscaba conocer quién era este padre, cuál su personalidad. Supo que tenía dos hermanas más, de distinta madre. Oyó con paciencia las cosas que dije de ella, el amor que por mi parte le profesaba.

Esos breves instantes duraron tres días. No fue mucho, pero ayudaron para conocernos mutuamente y, por su parte, para saber que existía, que estaba vivo y que no lo había abandonado por falta de voluntad.

Yo tuve que volver a Francia, mientras él emprendió vuelo al norte de Chile para continuar sus estudios superiores. Igual que su padre años atrás. ¿Coincidencias o acto premeditado? Sandro no tardó en diplomarse y comenzar a trabajar en los minerales del norte. También comenzó a llevar otra vida, paralela a la laboral, que

procuraba ocultar al resto. Desde que tuvo conocimiento acerca de quienes eran sus verdaderos padres y supo que estos habían luchado por una causa e ideales justos, decidió informarse y estudiar los motivos por los cuales sus padres se habían entregado a esas causas. Poco a poco comenzó a descubrir ideas libertarias y revolucionarias. Otro mundo se abrió para él y su compromiso se hizo más fuerte. Mas siempre con precaución, sin que nadie en su familia se enterara. Lo mismo corría para con sus compañeros de la U y los colegas de la *pega*. Finalmente, se enroló en una organización revolucionaria, de la cual pasó a llevar las finanzas. Todo lo que se «recuperaba» iba directamente a una «cuenta bancaria especial». Únicamente por orden de la «dirigencia» se tenía acceso a la misma. No pasó mucho tiempo para que tuviera que pasar a la clandestinidad.

Cada vez que yo viajaba a Chile tratábamos de encontrarnos, especialmente en el norte del país. Solíamos conversar durante largas horas, como queriendo recuperar el tiempo perdido. Tantos años sin conocernos, cautivos de ese «silencio mortal», cuya historia había sido negada hasta ese reencuentro.

Sandro guardó en secreto sus actividades de militante clandestino, hasta la espectácular fuga en helicóptero de la cárcel de alta seguridad, en la que cuatro prisioneros militantes del grupo revolucionario FPMR lograron huir volando. Esto llenó páginas enteras de noticias, no sólo a nivel local, sino también internacional. Sorprendía también, aparte de la fuga en sí, el momento elegido: la noche de año nuevo, mientras todos se preparaban para festejar el paso de un año al otro. Cuando los guardias se dieron cuenta ya era tarde. Todo fue muy bien preparado. El helicóptero fue arrendado

por irlandeses, supuestamente militantes del IRA (Ejército Republicano Irlandés) quienes lo pilotearon.

Mas el destino jugó otra mala pasada. Mejor dicho, colocó en mi corazón una escaramuza terrible. Tres días después de esa espectacular fuga; Sandro Giovanni fue acribillado a la salida de la casa de su tía Mónica. Este hecho apareció en los medios nacionales como un «arreglo de cuentas» entre bandas rivales de narcotraficantes. Para apagar pronto la mecha que esto pudiera generar, se entregó el cuerpo rápidamente a los familiares legales. Como los abuelos estaban vivos y no querían un escándalo (tenían una reputación familiar que mantener, sumado al temor por una merma en sus negocios), trasladaron en sepulcral silencio el cadáver a Antofagasta, donde fue enterrado.

Pero la verdad era otra y he aquí que el progenitor tuvo que viajar para reabrir el caso. Lo más difícil fue obtener una autorización de exhumación, rescatar el cuerpo y llevarlo al Instituto Médico Legal. Ello, paralelamente a que obtenía las pruebas de ADN y luchaba contra la familia ricachona que se oponía tenazmente al «sacrilegio» de desenterrarlo. Tuvieron que pasar seis meses para que al fin pudiera lograrlo. En cierta forma fue un triunfo contra la maquinaria infernal de esa familia napolitana que creía que lo podía todo a punta de comprar jueces, mentalidades y, por supuesto, apoyados por la ultraderecha chilena. Nada acostumbrados a perder, llegaron a amenazarme no sólo a mí, sino también a mi familia que residía en Santiago tanto como a la que vivía en Francia.

Luego de mucho, se supo la verdad: Sandro fue asesinado con balas de guerra de gran calibre. Al menos después se publicó que no

era narco ni tampoco delincuente. La rectificación, falsa también, colocaba que su muerte fue «por equivocación». Ello era mejor, a juicio del viejo Nieto, que «tesorero de una organización terrorista». Éste pagó para retirar la afrenta y, de paso, limpiaba el estigma que le significaría meterse en las entrañas del lobo.

Entonces comprendí que el destino no tiene buena o mala suerte. Simplemente está escrito desde que llegamos al mundo y lo mejor que podemos hacer es que la vida siga su propio curso. Y nosotros, pues vivirla de acuerdo a nuestras convicciones, con transparencia y honestidad, buscando ser incorruptibles ante la sociedad, ya no para seguir inequívocamente sus derroteros, sino para estar bien con uno mismo. Me sentí al mismo tiempo vacío y triste de no haber hecho más para que pudiera seguir viviendo. Tal vez por no haberlo conocido mejor o incluso, quizás, por no haber sido sido yo quien estuviese allí en lugar de él.

Volvió a su tumba de origen en el norte. Mientras su madre Azucena aún reposa en el Cementerio Judío, yo sigo recorriendo el mundo con mis recuerdos a cuestas y la tristeza de ser uno quien sigue viviendo en vez de ellos. El único consuelo que me resta es atesorar los cortos instantes de vida que compartí con ella y él y con ambos.

Pero la vida nos da sorpresas, como dice la canción.

Veinte años después, mientras trabajaba como conserje en un edificio clasificado como patrimonial de Paris y que era lugar de encuentro de la alta burguesía francesa, me encontraba intentando conciliar el sueño, pues era de noche. Recuerdo que había mucho

ruido en la «cour» (patio), los que podía oír a pesar que la cama donde estaba echado se ubicaba en la «loge», vale decir, en el espacio utilizado para recibir las cartas, paquetes y a los clientes. Era principios de enero, recién pasadas las fiestas. Fumaba acordándome de Sandrito y su muerte angustiosa, cuando escucho sonar el teléfono portátil. No alcancé a responder, pero no fue problema; dado que, acto seguido, recibo un mensaje por escrito:

–Qu'est que peut sentir un père de savoir que son fils est vivant? («¿Qué puede sentir un padre al saber que su hijo está vivo?»).

Se me pusieron los pelos de punta, parecía un erizo. El mensaje no estaba firmado y sólo se podía ver el número de teléfono del cual había salido. Había tenido hace poco un sueño donde era yo quien recibía las balas que mataron a mi hijo. También recibía las del simulacro de fusilamiento que me hicieron en 1973. Ahora eran las 2 de la madrugada en París, es decir, las 22 horas de Santiago, la misma hora final que habitó Sandrito. El frío recorrió mi espinazo al hacer esta constatación, que me pidió dormir toda esa noche.

Esperé la mañana y, a una hora prudente, llamé a ese número con cierta incertidumbre por conocer la voz de mi correspondiente al otro lado. A la primera llamada no hubo respuesta. Pasaron otros minutos e hice el segundo intento. Esta vez si fue atendida por la voz francófona de un hombre joven.

–Qu'est que vous voulez, monsieur? («¿Qué desea, señor?»)

Titubeo, sin mucho saber qué decir, y contesto:

–J'ai reçu un appel cette nuit de votre mobile («Anoche recibí un llamado de tu celular»).

–Ah!, oui, c'est moi qui vous a envoyée un message, vous êtes Monsieur R. ?, («¡Ah!, sí, soy yo quien le envió ese mensaje, ¿usted es el señor R.?»)

–Oui, et vous- êtes qui? («Sí, ¿quién es usted?»)

–C'est long a expliquer. Je m'appelle Inti. Mais, j'essairaie de mieux faire («Es largo de explicar, yo me llamo Inti. Trataré de hacerlo bien»).

–Vous deviez le faire, parce-que je ne comprends rien («Trata de hacerlo bien, porque yo no comprendo nada»).

–Je recherche mon père et quelq'un m'a filée cette numéro de telephone («Yo busco a mi padre y, en mi búsqueda, me han dado este número de teléfono»).

–D'accord, mais que-est-ce que j'ai avoir avec ça? («De acuerdo, ¿qué tengo que ver con eso?»)

–Vous, vous nommez comme ça? («¿Usted se llama así?»).

–Oui («Sí»).

–Je vous explique, il s'agit que vous êtes mon père («Le explico, se trata de que usted es mi padre»).

–Quoi? («¿Qué?»)

–Ma mére, laquelle est malade et bientôt sera intervenue, sans être sur que survivrait, m'a avouée que mon père est vivant, je le croiyait mort dépuis tout petit et j'imaginait cette personnage comme un être mitique, inconue, mais mamman m'a dit que vous êtes vivant, si c'est vraie que vous êtes mon père. («Mi madre está muy enferma y pronto será operada, sin seguridad que sobreviva. Ella me confesó que mi padre está vivo. Yo lo creía muerto desde pequeño e imaginaba este personaje un ser mitológico, desconocido, pero mamá

me reafirmó que era usted y estaba vivo, si realmente usted es mi padre»).

–Je ne peux rien te dire, mais d'abord ditez-moi, qui est ta mamman? («No podría decirte nada, pero antes dime, ¿quién es tu mamá?»)

–Elle est A. son prénom. («Ella se llama A.»)

–Donne-moi son numéro de téléphonne («Dame su número de teléfono»).

–Ok.

Apenas cortar, me vino cierto recuerdo sucedido hace unos veinte años atrás. La empresa donde trabajaba contaba con una centena de trabajadores, de los cuales sólo una veintena eran del sexo masculino. Mensualmente el comité organizaba una fiesta para los trabajadores, que solía acabar temprano, dejándonos con gusto a poco. Esta vez no fue la excepción. Esa noche fuimos los últimos en salir, éramos 4 varones y 12 mujeres quienes queríamos continuar el convite, de modo que partimos a una disco que estaba por el sector. El ambiente dentro era distinto a las discos de hoy en varios aspectos. Entre ellos, que se podía fumar al interior, no sólo tabaco sino también el *shit* y otras yerbas más fuertes. La música era tan estruendosa como pésima. Todo estaba rodeado de espejos. Muchas y muchos bailaban solas o solos, mirándose a sí. Teníamos que agitar los brazos para poder distinguirnos unos a otros entre esa nube espesa que nimbaba el lugar. Whisky y cocacola para animarse. Había también quienes consumían alucinógenos u otros que ofrecían papelillos con coca.

Con mi colega chileno decidimos abandonar el lugar, pues no era de nuestra costumbre. Los dos pertenecíamos al sindicato y

queríamos evitar dar mala imagen, de tal suerte que fuimos a informar al resto que nos iríamos. Ocho de las muchachas decidieron partir con nosotros. Nos fuimos en dos autos, apretados como sardinas. En el camino una de ellas nos convidó a su apartamento que, según comentó, contaba con todo lo necesario para pasar una noche agradable, incluyendo buena música para bailar. En esa algarabía sucedió una hermosa noche… Un súbito ruido me trajo de vuelta. Alguien llamaba a la puerta, seguido de una voz dirigida genéricamente a mí:

–Monsieur le gardien, c'est le facteur, il y a plusieurs colis («Señor Guardia, es el cartero hay varios paquetes a entregar»).

Tras atenderlo llamé por teléfono a A., recordando las palabras de Inti, quien me contó que una grave enfermedad aquejaba a su madre y que esta vez la operación comportaba riesgos que podían llevarla a la muerte. Sin embargo, ella prefería tomarlos y así lo hizo. Poco antes le había confesado mi identidad a su hijo, quien me buscó y encontró. Algo parecido a lo que había ocurrido con Sandro años antes y a la misma edad ambos.

El día que su madre le contó la verdad, Inti, irradiado de alegría, angustia y ansiedad, fue corriendo al apartamento vecino, donde habitaba su mejor amigo Yves, a quién conocía desde la infancia. Era un día cualquiera de noviembre o diciembre del 2005, cuando Inti le cuenta en francés a su amigo lo que su madre le había comentado respecto a mí.

Su reacción fue de celebrar las buenas nuevas, de modo que sugirió:

–Mi papá guarda una botellita de whisky de calidad, vamos a sacar un poco.

Dicho y hecho: se tomaron el whisky, cigarrillo tras cigarrillo, riéndose felices, hasta que de pronto se dieron cuenta que no había más alcohol ni más puchos.

Salgamos a comprar donde el amigo Mustapha.

Era casi medianoche y golpearon la ventanita del edificio que daba de un lado al estacionamiento y a la vía férrea del otro. Un resplandor los encegueció, seguido de explosiones. Inti e Yves se encontraron de pronto frente a autos que ardían y explotaban en el *parking* conjunto. A lo lejos, se oían las sirenas de los carros de bomberos y policías acercándose.

Los dos trataron de protegerse de las llamas y explosiones, corriendo hacia la ruta que une Chantilly con las otras comunas de L'Oise y la Picardie. De pronto aparece un carro de policía por delante, del que salen cuatro *flics* que, sin preguntar nada, los golpean contra el suelo. En posición de cúbito dorsal son esposados para, después de media hora, ser empujados a un carro celular. Entre los dos no podían mantenerse en pie a causa de los golpes, la ebriedad y los bruscos movimientos del vehículo, de modo que cayeron violentamente al suelo. Al llegar donde el comisariado de la ciudad son encerrados en una celda de «degraissement» (desintoxicación), donde permanecen toda la noche. A eso de las diez de la mañana son visitados por el substituto del procurador de la república, quien les leyó cargos por desórdenes públicos. Ellos, sorprendidos, respondían

que no era así, que lo que se les imputaba no era cierto, sólo estaban ebrios celebrando una buena noticia.

Posteriormente los trasladaron al juzgado de otra ciudad, donde son visitados por un psicólogo, quien conversa largamente con ellos. Luego, enviados delante de un juez en los tribunales de la región. Este los trató con palabras duras y, al mismo tiempo, en forma paternal, como un papá castigador. Tras leer el informe del psicólogo, dictaminó que el único procesado sería Inti. Le dio tres meses para encontrar a su padre biológico. Si en ese lapso no lo conseguía, amenazó, consideraría todo su discurso como patraña y sería juzgado en consecuencia. Así fue que comenzó su búsqueda.

La historia de cómo dio conmigo es igualmente curiosa. Encontró en la guía telefónica una persona con mi mismo nombre y apellido. Al llamarle contestó su mujer, a quien Inti, en el atolondramiento, le dijo que era el hijo de Patricio, a lo que ella responde que él no tiene más hijos que los dos que tenía con ella. Acto seguido, sin cortar la conversación, ella va donde su marido, presente en la misma casa, con serias dudas acerca de esta historia. Este le responde que hace años había conocido a otro Patricio con su mismo apellido, el mismo que viste y calza, y que intentaría buscar a «su doble». Con esas palabras esperanzadoras, Inti colgó la llamada. Pocos días después le llaman de vuelta con el número del lugar donde yo trabajaba, aunque desconozco cómo el otro Pato habrá dado con el mismo.

Cuando Inti me contó esto mediante un mensaje largo y sentido fue el mismo día y mes que Sandro había sido asesinado, muchos años atrás. Completamente sorprendido y emocionado,

constaté finalmente que Inti nació el mismo día y mes que él, salvo que 20 años.

Hoy Inti está casado y tiene una hermosa niña llamada Lou.

2.- EL ERMITAÑO Y EL PARAÍSO

Año 1969, principios de septiembre. Universidad Técnica del Estado, sede La Serena, Escuela de Ingenieros de Minas. Estábamos en el tercer año. Nuestros profesores nos aplican el programa del año y como tarea nos encargaron el levantamiento de terreno en una zona llamada Cochihuasi. Una camioneta de la Universidad nos transportó con el equipo: teodolitos y otros aparatos de mensuración, carpas, sacos de dormir, comida envasada, ollas, sartén, tetera, cantimploras, platos, tazas, vasos, servicio, anafes, gas, agua mineral, charqui, limones, cebollas, ajos, papas, sal, azúcar, fósforos, lámparas de minero, linternas, velas, picotas, cuerdas, poleas, clavos de escalar, libros, libretas de apuntes, lápices de pasta y de mina, gomas, calculadoras, unas botellas de pisco para las frías noches cordilleranas, una radio a pila para escuchar música y también para estar conectados con el mundo, juegos de naipes, dominó, dados y cuatro cachos para divertirnos en las tardes.

Nuestra misión era hacer un levantamiento de la zona cuarcífera y aurífera, y recoger muestras de minerales, que en la escuela serían analizadas y llevadas al Museo Mineralógico.

El contingente estaba constituido por cuatro estudiantes de Ingeniería de Minas: El Maestro Elías, el Pancho, el Chofin, y yo, el Archi. Nuestro equipo trabajaba ya en varias oportunidades juntos y por lo mismo confiábamos en nuestras capacidades. Éramos amigos de parrandas, de juegos y de estudios. Los cuatro éramos capitalinos, cuatro conquistadores y seductores, de entre 20 y 25 años.

El más viejo era el Maestro Elías, quien se caracterizaba por conquistar y seducir a señoras mayores que él, a veces eran casadas y en más de una oportunidad tuvo problemas con los maridos

engañados. También entre sus predilectas estaban asesoras del hogar. Era muy discreto pero lo descubrimos una noche en una esquina a las afueras de una casa, en la oscuridad, besando a una señora. Como su figura era reconocible a una legua de distancia, y al darse cuenta que lo habíamos sorprendido, sólo se limitó a levantar los hombros como diciendo *es la carne la que tira*. El Maestro era muy divertido, por su forma de hablar y por sus historias que hacían reir a sus interlocutores, quienes siempre lo rodeaban para escuchar sus chascarros. En una oportunidad, a una de nuestras amigas de la otra universidad, la U. de Chile, que ese día andaba vestida completamente de verde, el Maestro sacó una frase de su catálogo: «¡¡¡Amiguita, le doy mi sentido pésame por la muerte de su loro!!!».

Pancho, en cambio, se caracterizaba por su voz grave, estereofónica, de locutor de radio. Contaba historias de terror y con su voz causaba más miedo. En otras oportunidades, realizaba un programa de románticos de medianoche por las ondas de la radio serenense.

Chofin era el más calmado del equipo, estudioso, reflexivo, pragmático y en general acudíamos a él para consultarlo. Sus conocimientos eran los de una biblioteca ambulante.

Y yo, el deportista. Prácticaba fútbol, básquetbol, vóleibol, atletismo en diferentes distancias –empezando por los 100 metros hasta maratón–. También nadaba y practicaba *surf* improvisando con una tabla de planchar. En otra oportunidad se me ocurrió jugar rugby, hasta que choqué con un rival que me fracturó el tabique nasal. También tenía una afición por las mujeres maduras, pero al contrario del Maestro, éstas eran solteras o separadas, y con ellas

adquirí experiencia, por lo que recibí como sobrenombre Fix, pero ése es otro cuento y el significado estará en otra historia.

Ahora volvamos a nuestra misión. La camioneta de la Escuela nos llevó a la tierra de Lucila Godoy, la gran poeta y Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral, en Monte Grande. Desembarcamos con nuestro equipaje y con el Sacapunta, el perro mascota de la UTE que se nos coló en la camioneta. A este perro le encantaba viajar en la micro de la Escuela, era como otro alumno o profesor. En muchas ocasiones nos dio la impresión de que era un ser humano.

Fuimos a buscar al arriero, propietario de unos caballos y mulas. Ya era un conocido de la UTE. En muchas oportunidades le tocó acompañar a equipos de alumnos con profesores, o arrendar sus animales a delegaciones que se aventuraban por la zona. Él conocía los alrededores como la palma de su mano. Tuvimos que elegir nuestras monturas. Más bien, ellos nos eligieron a nosotros. Por ejemplo, Chofin era medio gordito y había elegido un caballito chico. El mismo arriero le hizo comprender que mejor eligiera otro cuadrúpedo. Luego empezó la etapa de dominar a las bestias para poder subir en confianza y dar unas vueltas cabalgando. Era todo un ritual, las mulas servirían para transportar el material, los instrumentos, nuestro equipaje, el alimento no sólo de nosotros, sino también el forraje para los propios animales. No sabíamos si encontraríamos pasto o hierbas para los bichos. Al momento de comenzar nuestra ruta se nos unieron tres perros, unos quiltros acostumbrados a acompañar a los caballos, Sacapunta les mostró sus colmillos para informarles que él era el patrón de la caravana, pero de los tres ninguno lo infló. También encontramos un gatito abandonado al que incorporamos a nuestro equipo. Sería otra

mascota. Él viajaría con alguno de nosotros tres, pues Pancho era alérgico a los gatos, así que fue excluido de compartir la crianza del gatito.

Tomamos el sendero en dirección a nuestro objetivo. El camino se iba estrechando a medida que subíamos. Sólo cabía un animal. Al Sacapunta tuvimos que subirlo a uno de los caballos, yo me ocupé de él.

Cada caballo obedecía a un nombre. El Maestro montaba una yegua llamada Muna, el de Chofin era un macho que obedecía al nombre de Orión, el macho más joven e inquieto era Hippocampo, y la yegua igualmente joven que me llevaba a mí se llamaba Coqueta. Los perros también tenían nombre. El más grande era Negro, el otro Chocolate, y la hembrita más pequeña era Blanquita, también por su color, pero éste desaparecía con la tierra y el barro. Al partir la algarabía, amenizaban el viaje con sus ladridos. Los caballos y mulas, acostumbrados a éstas manifestaciones ladrísticas, no les prestaban atención. Y las dos mulas, una era llamada Puta, no sabría decir por qué le pusieron ése nombre, y la otra era Ramera, tampoco supe el porqué. Quedé de preguntarle al dueño al devolver los animales.

Cruzamos un riachuelo que tenía un pequeño caudal, pero que bajaba con mucha fuerza y velocidad debido a la pendiente. Nacía del deshielo de la montaña más alta. En un cruce de senderos donde se formaba una piscina natural, aprovechamos de darnos un baño, ya que habíamos andado cerca de una hora y el calor se hacía agobiante. Estabamos al pie de la cordillera, con un clima seco montañoso, habíamos logrado los dos mil metros sobre el nivel del mar. El agua que recibía el río Cochihuasi era de vertientes muy frías. Después del

baño, reiniciamos nuestra ascensión. El paisaje era abrupto, con inmensos cerros que bajaban por laderas con inclinaciones casí verticales, cero vegetación, un desierto vertical y, a medida que avanzábamos, el sendero se volvía pedregoso y rocoso. A un costado, la montaña, y del otro, un precipicio. En el fondo, osamentas de vacas y cabras que se despeñaron algún tiempo antes. También quedaban rastros de sus huellas, como los excrementos. Pasamos por quebradas de rocas mineralizadas. Cada cerro tenía un color diferente: amarillo, anaranjado, rojizo, verdoso, gris, azulado. En esas montañas había todo tipo de minerales, desde oro, cobre, plata, fierro, molibdeno, cuarzo y tantos otros que esperaban ser extraídos por el hombre.

Llevábamos 10 kilómetros ascendiendo, ya estábamos sobre los dos mil metros. Dos montañas nos cerraban el paso. Pasamos por la garganta de ambas y, de pronto, el vergel. Una espesa vegetación con vertientes que caían en cascadas. Los cuatro lanzamos un soplo de admiración, «¡¡¡Ooohhh!!!», ante toda esa belleza natural: árboles nativos, arbustos, espinos, guayacanes, maquis, sauces. Era como un oasis. El agua de las vertientes se acumulaba en una laguna, que al desbordar su ribera iba a parar al río Cochihuasi. También había árboles frutales, papayas y chirimoyas, zarzamoras, y el famoso cactus candelabro, llamado por su forma y muy común en esta zona. La fauna consistía en numerosas especies que se regalaban con todo lo que existía para poder alimentarse, en una extensión de 5 kilómetros y apenas 300 metros de ancho. Se daba todo. La belleza del lugar era deslumbrante, aunque vuelva a repetirlo, pero me impresionó.

Tratamos de ubicar un lugar donde instalar el campamento y, al observar el entorno rodeado de montañas, nos dimos cuenta que

esto parecía el cráter de un volcán. Finalmente instalamos las carpas bajo unos árboles nativos. La temperatura era muy agradable, el sol comenzaba a ocultarse detrás de la montaña, y esa media penumbra que se iba produciendo dejaba sombras fantasmagóricas. Mientras instalábamos las tiendas, yo no dejaba de admirar ese paisaje. De pronto, otra exclamación escapó de mi labios y en voz alta: «¡Paraíso!». Mis compañeros me miraron con un aire de no comprender. También el Sacapunta, inclinando la cabeza ladró *guauuuu*, mientras mis colegas al unísono pronunciaban un largo «¡¿Quéeeeee?!»

–Que esto es un Paraíso.

Y así fue que al campamento lo bautizamos Villa Paraíso.

Teníamos un plazo de 10 días para volver a La Serena, desde el lunes que llegamos; día perdido en el viaje y en montar el campamento. Trabajamos de sol a sol desde el martes hasta el viernes. En las tardes terminábamos rendidos de cansancio. Dos veces hicimos unas partiditas de naipes, al llegar y el viernes en la noche, además de tomarnos un pisquito con bebidas. Hacíamos turnos para preparar la merienda y ocuparnos de los animales.

El viernes en la noche hicimos reunión, decidimos que al día siguiente iríamos a Monte Grande para almorzar. Nos encontramos con que esa noche habría una fiesta bailable en el pueblo, con orquesta incluida. En el restaurant donde almorzamos, nos invitó el dueño e incluso nos ofreció quedarnos, dijo que él tenía camas. Le caímos simpáticos, además que también había sido alumno de la Escuela de Minas de La Serena. No pudo terminar la carrera, debido a que su padre falleció mientras él estudiaba, entonces heredó el negocio y se quedó para ocuparse del restaurant.

Decidimos por unanimidad quedarnos, tomando en cuenta que si volvíamos sería de noche y a caballo, y no había luna esa noche. Volveríamos el domingo temprano a la Villa Paraíso. Sacapunta y los otros tres perros también vinieron con nosotros, sólo dejamos a las mulas en el campamento.

Sin embargo, durante la fiesta todo cambió. Conocimos a unas chicas que estaban de visita en casa de la familia de una de ellas. Eran estudiantes de ingeniería de la UTE de Santiago. Amistad inmediata, más aún siendo de la misma universidad. Bailamos toda la noche y hacia la mañana estabamos aún con ellas en casa de la familia de Montserrat. Después del desayuno y cerca del mediodía, se nos ocurrió ir a la poza, todas y todos *calatos*.

Era un día caluroso, pero aún era invierno y atardecía temprano, así que fuimos al albergue a recuperar los caballos, nos despedimos de las chicas con efusivos besos y promesas de volvernos a ver, y llegamos al Paraíso cuando la noche caía. Debido a que nos quedamos dos días en Monte Grande carreteando, hubo que recuperarlos trabajando con mayor esfuerzo.

Tuvimos la suerte que durante nuestros sondajes, encontramos restos de *cacharros* de un pueblo casi en extinción, el pueblo Diaguita. Los motivos en esas alfarerías son muy llamativos. Los diaguitas al fallecer eran enterrados con sus cacharros. Éstos representaban animales y aves, desde patos hasta zorros. Otros con forma humana servían para beber o comer. Aquellas piezas fueron entregadas al Museo de La Serena, al volver a la universidad.

Antes de volver a La Serena, pasamos a despedirnos de las muchachas. Ellas también tenían por plan volver a Santiago, y pernoctarían en La Serena antes de emprender el retorno a la capital. La camioneta de la Escuela pasó a buscarnos a Monte Grande. Íbamos como enamorados, cada uno con su chica en los brazos: Montserrat, Macarena, Sandra y Nadia. Pero antes tuvimos que buscar a Sacapunta, quien se enredó con una perrita de raza. Hubo que despegarlos. Él estaba furioso porque lo alejábamos de su bienamada. Le hicimos comprender que después de esa acción sería papá y tendría que responder por no utilizar preservativo. También viajamos con el gatito a quién bautizamos como Paraíso.

El trabajo posterior se realizó con noches enteras haciendo los planos, los cálculos, clasificando los minerales que trajimos de Cochihuasi y sus alrededores, todo era vital para las notas de final de año en varios ramos: Topografía (que correspondía al levantamiento), Geología, Mineralogía, Química, Cálculo para la nota de Matemáticas. Sacamos fotografías del lugar para agregar a las carpetas. La nota del trabajo colectivo fue de un 95%, pues las notas en la UTE de La Serena se anotaban en porcentajes.

Pasó el tiempo, un año precisamente, hasta el agitado mes de septiembre de 1970, marcado por las elecciones presidenciales. Allende obtuvo la mayoría, no obstante hubo que esperar a que el parlamento decidiera el resultado final. Nuestra Universidad fue un baluarte en el apoyo a Salvador Allende. Hablo de un 90 por ciento de los profesores y alumnos apoyándolo en masa. Muchos de nosotros militábamos en los partidos de la Unidad Popular. Yo votaba por primera vez.

Entretanto, partimos a otra misión. Esta vez era el curso completo. Viajamos a las minas de carbón en Lota Schwager, una de las más grandes del mundo, con una profundidad de más de mil metros. Las galerías interiores alcanzaban más de diez mil metros bajo el mar, llegando casi hasta las islas que se encuentran frente a la Cuenca del Carbón.

Uno de los compañeros tenía distinguidos familiares en la zona: se trataba de los señores don Ramón Rodríguez y su señora Helene Lavanchy, de origen francés. Don Ramón era ingeniero civil y tenía su empresa en Concepción. La señora Helene era una célebre concertista de piano. El primer día fue para conocernos en lo que hacíamos cada uno: una tarde de tertulia, con cuentos y chistes que nos alegraron. Los sureños son diferentes a los nortinos, nos daba la impresión de estar en otro país. El segundo día visitamos las dependencias exteriores de las minas, el sitio de la administración, una sala de exposiciones con fotos del interior y con grandes colpas de carbón piedra, carbón mineralizado y fósiles. Por la tarde, al volver a la casa de los Rodriguez Lavanchy, en medio de esas conversaciones interesantes y otras anodinas, saqué a colación la práctica en Cochihuasi, hablé de la belleza del lugar, lo que yo consideraba como paraíso, en medio de esa soledad montañosa. Don Ramón me escuchaba con mucha atención y me bombardeó con preguntas sobre ese «Paraíso».

Volviendo a Cochihuasi, no recuerdo bien el año, en todo caso fue entre 1970 y 1973, que aparecieron unos *hippies*. Mujeres y hombres jóvenes, que tenían por jefe de su tribu a un denominado «Silo». Su nombre era Mario Cobos, quien posteriormente creó una agrupación humanista que tenía como misión cautelar a la

humanidad en un sentido político y religioso, pero en especial ecológico. Sus carpas eran *tipis* como las que usaban los originarios de Norteamérica. Empezaron haciendo plantaciones de todo tipo, desde hortalizas a cannabis. Experimentaban una vida alejada de la civilización, usaban túnicas blancas, cintillos de género de todos los colores y andaban desnudos bajo ésa túnica. Aparecieron muchos artículos en los periódicos de la época, especialmente en los diarios de derecha como El Mercurio y La Segunda, acusando a la Unidad Popular de permitir este libre albedrío. Una parte de la Iglesia Católica también lo criticó, en especial el cura Hasbún en sus mensajes que daba por Canal 13. Lo que yo supe es que nunca le hicieron daño a nadie, sólo vivían en completa armonía con la naturaleza y respetando la fauna, flora, montañas y ríos.

Pasaron muchos años. El calendario comenzó a llenarse de fechas, algunas fatídicas, otras alegres. Primero, esos tres años de construir un mundo mejor para los trabajadores y pobladores de este país, con todas las dificultades que creaban los opositores a la Unidad Popular: una derecha implacable, quienes con el apoyo del Pentágono pagaban a los empresarios camioneros, así como a algunos desclasados que ponían trabas al programa de Allende y de la Unidad Popular. Hasta que ocurrió el feroz golpe militar. La burguesía volvió a controlar el país. Los norteamericanos invirtieron para volver a apoderarse de las materias primas. Hoy, en la segunda década del siglo XXI, nada le pertenece a los chilenos, todo es propiedad de empresarios nacionales y extranjeros, las transnacionales. Muchos de los que vinieron a hacer negocios a Chile adquirieron la nacionalidad chilena en menos de un año para así operar libremente.

Durante los años negros de la dictadura, muchos caímos en prisión, otros fueron perseguidos y tuvieron que abandonar el país obligados, para no encontrarse en las mazmorras de la tiranía ni engrosar las largas listas de desaparecidos o ejecutados.

Después de haber cumplido tres años de condena perpetua, fui expulsado del país y llegué a Europa como apátrida, condicionado a un cambio de régimen para poder volver. Esto sirvió para conocer otros pueblos, otros idiomas, otras realidades, cultivarme, estudiar y hacer cosas tan diferentes como teatro, escribir cuentos, formar comediantes, enseñar a niños y adolescentes, luego a adultos, ser educador social, jardinero, paisajista, conocer técnicas de regadío automático, el cuidado sanitario de las plantas, manejar carros montacargas, trabajar en fotografía, transportes, crear mini empresas, aprender el uso y reparación de maquinarias de expedición de correo, el estudio de volcanes, de sismología, sondajes geológicos, restauración, comida francesa, magrebí y chilena, esculturas y pinturas, incluso barrer en hoteles, y, al final de mi vida laboral, fui trabajador social con personas en dificultad, sin domicilio fijo y, gracias al conocimiento de idiomas, pude ayudar a innumerables extranjeros. Así llegué a conocer 52 paises en 4 continentes. Volví a Chile en forma clandestina, con otra identidad, cuando aún reinaba el tirano y, por razones de seguridad, debí irme nuevamente. Pude retornar legalmente –y como extranjero– el año 1989, gracias a las listas que publicaban los dictadores.

Empecé a realizar proyectos educativos con el Pueblo Mapuche, por la recuperación del mapudungún, en la creación de escuelas bilingües y centros culturales donde no sólo los niños, también los adultos pudieran practicarlo.

Aproveché de ir conociendo el país que me vió nacer, recorriéndolo de punta a cabo, observado las costumbres locales. Hasta que en uno de los viajes, visité nuevamete en La Serena el Museo Mineralógico de mi alma máter. En la exposición estaban los minerales traídos por nosotros de Cochihuasi en el año 1969, lo que me produjo una gran emoción, al recordar esos tiempos de estudiante. A mi compañera de viaje, quien era química-farmacéutica y practicaba medicina alternativa con productos naturales, flores de Bach, aceites esenciales y plantas medicinales, le conté lo sucedido 35 años atrás. Ella venía a conocer el país especialmente por el conocimiento y uso que los pueblos originarios tienen de las plantas, transmitidos directamente por las Machi. Su entusiasmo por las aventuras me inspiró a volver por esos lugares.

Preparamos el viaje cargando en nuestras mochilas lo necesario para subir y quedarnos por algunos días. Subimos desde La Serena en una micro que nos dejó en Vicuña. Recorrimos este pueblo, la hermosura del norte chico, con mucha vegetación en los valles, el río Elqui que regaba esas tierras y árboles frutales como papayos, chirimoyos, copao (fruto de los cactus), una zona donde se producen una gran variedad de papas, también del famoso pisco, las viñas instaladas en las laderas de las montañas con regadíos gota a gota. El lugar era tan hermoso que decidimos quedarnos esa noche en una casa de familia, común en los pueblos de Chile, con poco dinero y derecho a desayuno se puede dormir en una cama cómoda. Tuvimos la suerte de encontrarnos en la semana de aniversario del pueblo. Asistimos a los conciertos, entre otros el de Illapu, que también me hizo volver al pasado con sus interpretaciones, pues tuve la suerte de conocerlos en Francia, cuando ellos también vivieron el exilio.

Al día siguiente salimos a primera hora de la mañana en dirección a Monte Grande, tratando de que alguien nos llevara. Nos instalamos en la salida del pueblo a hacer dedo. No debimos esperar mucho, pues al rato nos recogieron y nos dejaron en el pueblito natal de Gabriela. El conductor del vehículo nos informó de las condiciones del lugar en cuanto a agua, comida, transporte, y si se podía arrendar caballos, pero no pregunté por Villa Paraíso, pensando que era aún desconocido.

Al recorrer el lugar, fuimos donde mi memoria recordaba que estaba la poza donde nos bañábamos, y para mi gran sorpresa ahora se había convertido en una piscina natural que los lugareños habían amononado. Alrededor habían levantado carpas, y se oía una gran algarabía de niños y adolescentes que se lanzaban desde una roca, utilizándola como trampolín. Al observar esa poza, volví al pasado, recordando cuando nos bañábamos desnudos con las chicas. Era el año 1969, en esa época éramos los únicos visitantes. Mi siguiente sorpresa fue que, al buscar el sendero, me encontré que ahora era una ruta vehicular apta para ambos sentidos.

Quisimos arrendar caballos, como lo habíamos hecho años antes, pero esta práctica ya no se estilaba. Las caballerizas se habían convertido en un restaurante, y la única solución era hacer dedo. Nos instalamos donde pasaban las camionetas, en la plaza frente a la iglesia. Las 4x4 subían seguido y mucha gente esperaba igual que nosotros. Como estábamos apurados por subir, tomamos la primera que se nos presentó, pagando la *módica* suma de diez mil pesos por persona. Fuimos los últimos en abordar el vehículo, que ya contenía ocho personas en la parte trasera, además de otras ocho en la doble

cabina, incluído el chofer. Ocupamos las mochilas para sentarnos. Apoyados en la baranda-puerta, cada barquinazo que daba por las piedras y hoyos del camino de tierra, nos hacía sentir que íbamos a saltar fuera de la camioneta. Los demás pasajeros ni se inmutaban, acostumbrados a subir en esas condiciones. Nosotros éramos los únicos turistas en este viaje.

Uno de los personajes que iba en este vehículo nos observaba con mucha atención y con un aire burlón. Parecía un arriero, quemado por el sol nortino, un sombrero de ala ancha lleno de polvo, un fino bigote recortado a lo Clark Gable, el famoso actor estadounidense de la película *Lo que el viento se llevó*. El arriero se percató que éramos afuerinos, más que nada por «la gringa». Nosotros comentábamos en voz baja y nos hablábamos al oído para poder escucharnos debido al ruido tanto del vehículo como del viento que soplaba golpeando la montaña. En uno de los saltos, dejamos escapar unos garabatos en francés y en voz alta: «¡Merde!, cette connard de chauffard va nous laisser le cul en compote... ¡Salopard! Conduit moins fort, soulevez la pâte, arrêtez de presser le champignon» (que quiere decir algo así como «mierda, este chofer culiao nos va a dejar el culo como papilla, conchatumadre conduce más despacio, levanta la pata, que estás aplastando tus hongos»). El arriero que iba sentado más cerca de nosotros nos habló, primero preguntando si hablábamos castellano, a lo que yo asentí moviendo la cabeza. Enseguida nos dijo que nos apretáramos más entre los dos y luego se presentó: «¡Me llamo Floridor Gacitúa!, soy pirquinero y voy a hacer una peguita para unas cabañas que me encargaron». Nos preguntó adónde nos dirigíamos, yo le dije riéndome: «¡al paraíso!», aunque él podría pensar que lo estaba agarrando para el hueveo. Pero no fue así. Él respondió con una sonrisa, mostrando un diente de oro que

brillaba con el sol: «Voy al mismo lugar que ustedes, yo puedo guiarlos, no se preocupen, no les voy a cobrar». Entonces fui yo el que pensó que me estaban agarrando pa' la chuleta.

Después de quedar con el trasero machucado, descendimos en una plazoleta donde había unos caballos amarrados y varios perros durmiendo la siesta. «Seguramente aquí hicieron un carrete», pensaba para mis adentros. Frente a la plaza, una docena de 4x4 estacionadas –pues acá no se puede llegar en otro tipo de vehículos–, un hotel con sus guirnaldas de colores, sus luces encendidas y conectadas a paneles solares que las alimentaban de día. Todas las construcciones del lugar eran de muros de arcilla de diferentes colores. Incluso había una cúpula de observatorio detrás de un enrejado, y, a continuación del hotel, una piscina circular con agua tan transparente que se veía el fondo, y con gradas como en un circo romano. Al centro de la piscina, una enorme roca que sobresalía como un *iceberg*: se trataba de un cristal de cuarzo. Al otro costado del hotel, bajando por un sendero, había un río y un camping rodeado de árboles, carpas y cabañas, mesas, banquetas, un quincho y un bar que funcionaba para atender a los turistas que visitaban el lugar. Otras construcciones salían de la imaginación o de la «locura» de arquitectos que construyeron verdaderas obras de arte. Por ejemplo, había un gran galpón tipo *yourte*, como las viviendas nómade de Mongolia. Asimismo, había un domo, construcción semi circular con grandes ventanales, que era el centro de la diversión nocturna. A todo ese sector le llamaban Río Mágico.

Yo observaba con atención este panorama, mientras mi compañera de viaje lanzaba exclamaciones al ver tanta belleza del lugar: «¡C'est beau!», «¡Magnifique!», «¡Extraordinaire!».

Yo trataba de acordarme del paisaje que conocí en 1969. No existía nada de esto. La transformación fue enorme. Sin embargo, me sobrevino un *flash* y dije en voz alta: «¡No es aquí, es más arriba! Y después de esa arboleda debe haber un viraje». Don Floridor aseguró que él sabía adónde nos dirigíamos y nos encaminó por un sendero pedregoso. De cada lado había unos muros de piedra de poco más de un metro. Caminamos unos diez minutos, siempre en subida. Allí empecé a reconocer el lugar que tantos años antes recorrimos durante 15 días y, de pronto, sorpresa. No lo podía créer. Cerré mis ojos, apretándolos fuertemente por un largo instante, para ir abriéndolos despacio. Quería confirmar que lo que estaba observando era cierto. Un letrero gigante que colgaba de dos postes, donde sólo se veían las letras de color amarillo: «VILLA PARAÍSO».

Yo me preguntaba: «¿Será coincidencia?». El letrero hecho con un material plástico en semi arco, las letras como flotando en forma original, mientras el viento las movía. Don Floridor me sacó de mis pensamientos: «Ven ustedes que no les mentí, éste es el Paraíso, ¡la Villa Paraíso!», y sonriendo hacía brillar su diente de oro al sol, que estaba en su máximo esplendor, pasado el mediodía. En la entrada con portones al estilo de un rancho norteamericano, Don Floridor se acercó y, tirando de una cuerda, hizo sonar una campanilla. Primero apareció un perro, parecido al Sacapunta, yo diría que igual, a lo mejor era un descendiente suyo, me acuerdo que le hizo la corte a la perrita blanca, curiosamente no me ladró y permitió que lo acariciara, parecía un amor a primera vista, o es que estaba viendo fantasmas. Detrás de Sacapunta, un anciano, de pelo largo y blanco como la leche, que sobrepasaba sus hombros, y una barba tambié cana que llegaba hasta su pecho. Su piel estaba curtida por el sol, sus ojos

azules eran intensos. Debía bordear los 80 años. «¡Un ermite!» me dijo mi acompañante en francés. Le corregí: «Aquí se dice ermitaño». Entretanto él saludó a Don Floridor y con aire de pregunta nos escudriñó para luego decirme:

–Veo que usted tiene facilidad para comunicarse con los animales. Primera vez que veo que Metetodo no ladra, él es un perro furioso con los desconocidos.

Para mis adentros me decía: «Curioso nombre, ¿tendrá algo que ver con Sacapunta?».

El Ermitaño tenía a la vez una mirada triste y dulce. Yo esperaba que nos dijera que invadíamos su tranquilidad, pero no fue así. Fijó primero su mirada en Francine: «¿Usted es francesa?». Y luego sobre mí, y por largos segundos, para luego decirme con una voz segura: «¡A usted lo he estado esperando por largos años! Sabía que vendría un día». Fui sorprendido por esas frases y sólo atiné a preguntar: «¿Cóoomooo?».

–Sí, usted es Don Alexandro.

Alcancé esta vez a balbucear:

–Yo no recuerdo haberlo visto antes.

–Le voy a dar una pista, Concepción, año 1970.

Allí reconocí la mirada intensa de sus ojos azules bonachones.

–No puede ser, es increíble... don Ramón... don Ramón Lavanchy. Y ¿cómo llegó usted aquí?

–Es una larga historia, don Alex, mi esposa se fue.

–¿Cómo?, ¿lo abandonó?, ¿se separaron?

–No, calma. Ni lo uno, ni lo otro. Ella se fue al cielo, falleció. De esto hace ya varios años. Una enfermedad extraña me la llevó.

Dejó caer unas lágrimas y, ahogando un lastimero sollozo, continuó:

–Le rogaba a Dios que me la devolviera, pero él no me escuchó. De ahí que decidí abandonar lo mundano. Vendí mi empresa y mi casa en Conce. Mis hijos ya estaban adultos, profesionales y con sus propios hijos, así que quise aislarme del mundo y partí a buscar el «Paraíso», con ahorros, con una cuenta bancaria bien llena por la venta de mis bienes. Dejé una parte a mis hijos para que tuvieran solvencia económica y, recordando la descripción hecha por ti (¿te puedo tutear?), encontré este lugar y compré al Estado estas hectáreas. Y aquí me ves disfrutando de la belleza y la calma de este lugar, mi hermano Anselmo me acompaña, él es viudo también, estudia el universo y las estrellas, y pasa todo el día haciendo cálculos, los que trasmite cada semana a los observatorios mas cercanos. Pueden quedarse si ustedes quieren, son mis invitados, no hay las comodidades de la ciudad, pero están las cabañas de barro y coligües, y por camas unos payasones de paja recubiertos con lona.

Después, visitamos el lugar. Las dependencias estaban construidas con coligües. Había sitios de reunión, otros de meditación. Al pie del monte, una habitación completamente cerrada, ése era el centro de masajes. Todos los lugares estaban cubiertos con lonas o con mallas plásticas como techo, pues allí era muy raro que hubieran precipitaciones.

En la casa de Don Ramón, había habitaciones, un baño con tina, una cocina a leña en fierro forjado, otra cocina a gas, un comedor que podía recibir a una docena de invitados. Y todo era rústico, las sillas, las mesas hechas a mano con madera del lugar. A la entrada, un jardín con todo tipo de plantas y muchas flores. En otro

sector, un jardín con hortalizas, tomates, porotos verdes, maíz, papas y otras plantas comestibles, también los árboles frutales, naranjos, limones, chirimoyos, papayos. Por cerco, una zarzamora con moras dulces para deslindar con la propiedad aledaña. Y un poco más arriba, a pleno sol, olivares. Otro cerco con cactus lleno de tunas. El regadío no era tan difícil obtenerlo, puesto que bajaba de un estero natural. Don Ramón construyó al paso del estero una especie de piscina. Su parte más profunda llegaba a los dos metros. El agua se escurría para seguir su curso por un canal que alimentaba las otras parcelas.

Pero lo más extraordinario era el Templo, ubicado al centro de la parcela. Estaba en un círculo rodeado de cañas de coligües y adornado con espejuelos, mosaicos y azulejos de formas geométricas. Parecía un templo budista. Al centro de este círculo, se encontraba un altar con un gigante cristal de cuarzo, que de tan transparente, casi se podía ver hacia el otro lado. Se trataba del lugar de las ceremonias. Alrededor había banquetas donde los visitantes podían sentarse.

Luego, nos presentó la sala de las constelaciones, en cuyo cielo falso había fotos gigantes de estrellas, planetas y la vía láctea en su esplendor. Finalmente nos llevó a las cabañas que estaban construidas con cañaverales y barro arcilloso. Había camas artesanales en cada una de ellas, una mesita, dos sillas y dos veladores, con ventanas sin vidrios, desde donde se podía observar la parte posterior del sitio, la montaña y la vertiente que bajaba de ella, enormes piedras y colpas mineralizadas con cobre y cuarzo aurífero, hacia donde nos aventuraríamos al día siguiente. El lugar me traía muchos recuerdos, las cuestas llegaban a pendientes con inclinaciones de hasta 45°.

Elegimos esa noche la cabaña Tauro. Había doce en total, cada una bautizada con un signo del zodiaco. Esa noche hacía mucho calor, el interior de la cabaña parecía un horno, y decidimos instalarnos afuera en las sillas plegables. En Francia a esas sillas se les llama *chilenas*, aparentemente fue en Chile la primera vez que las fabricaron, las típicas de madera y lona.

Después de la tertulia con los hermanos Lavanchy, don Ramón y don Anselmo, además de nuestro don Floridor, y saboreando un delicioso pisco sour producción de Cochihuasi, casi a la medianoche los tres se fueron a sus aposentos y nosotros nos quedamos admirando ese espectáculo que el universo nos ofrecía. Un cielo con un manto de estrellas. El movimiento y rotación de la tierra nos hacía descubrir cada vez más objetos luminosos que nos hacían guiños, pestañeando, hasta que de pronto una luz gigante se estacionó frente a nosotros en el cielo. Apareció detrás de una de las montañas, era blanca, como un neón, redonda. Comenzó a realizar movimientos asimétricos. Mientras observaba esto, pensaba que iba a venir hacia nosotros o a caer sobre la tierra. Pensé que soñaba y no me atrevía a hablarle a mi acompañante, hasta que desapareció instantáneamente, como si alguién cortara la luz. Me atreví a mirar a Francine, ella también me miraba, sorprendida y con temor, mirando al lugar de la aparición. Le dije, balbuceando:

–¿También viste lo que yo vi?

Ella asintió con voz temblorosa: «¡OUI!». Y no terminaba con un segundo «oui», cuando aparece nuevamente en el cielo el objeto con movimientos cada vez más convulsionados, como si tuviera un corazón que palpitaba al interior y quisiera escapar de su centro. Nuestras respiraciones se extinguieron, no nos atrevíamos a mostrar nuestra presencia. Este fenómeno duró aproximadamente tres

minutos y luego desapareció detrás de las montañas, con movimientos raudos y sinuosos.

Nos abrazamos con la emoción que nos produjo esa manifestación celeste. Esperamos que se volviera a producir, así llegamos a las tres de la madrugada, y recién cuando comenzó a alumbrar el alba, me dormí mirando el cielo y soñando con extraterrestres. Metetodo aullaba lastimeramente.

Don Ramón nos despertó cerca de las ocho de la mañana. La luz del sol pasaba a través de las hojas de los árboles.

–Vengan a tomar desayuno con nosotros. Veo que durmieron al exterior. Anselmo estuvo observando el cielo durante la noche, me entregó una información muy interesante que les contará ahora.

El mayor de los hermanos Lavanchy iba a comenzar a relatar su experiencia nocturna, pero nosotros no aguantamos más. Estábamos que reventábamos por contar lo sucedido esa noche. Calmadamente, don Anselmo nos informó que él había visto lo mismo que nosotros estando en un lugar distinto al nuestro. Ellos no parecían sorprendidos, sólo confirmaban lo vivido por nosotros. Era algo habitual para los lugareños, y los visitantes exteriores se manifestaban cada día. Así pasamos al desayuno frugal.

Luego, don Ramón abrió un baúl, desde el que extrajo unas fotos. Primero, de su mujer tocando un piano en uno de sus conciertos en Europa, luego de sus cuatro hijos –tres varones y una mujer–, y al final, unas fotos del jardín de flores de la Villa Paraíso. En medio de esos vegetales, floridos y verdes, llenos de vida, unos personajes que parecían duendes por su porte, pero era algo que no

podíamos imaginar por el aspecto. Nos contó que en la primera foto, donde sólo aparecía una mancha violácea, trató de captar a uno de estos personajes, pero que al darse cuenta que lo estaban fotografiando, una especie de rayo o luz apareció de su cuerpo y manchó la foto.

Esta historia no la podía contar porque nadie me creería. Ni mi familia ni mis amigos en Francia.

Pasaron cuatro años sin volver a Chile. Esta vez viajé con mi hija, mi nieta y una amiga de mis hijas. Tras visitar a las familias y mostrarles los puntos mas interesantes de la capital, hicimos un viaje al norte de Chile, a los lugares mas hermosos y, entre otros, quise darles una sorpresa e ir a Cochihuasi.

Arrendamos un auto confortable todo terreno, recorrimos el Litoral Central, visitamos la ruta de los poetas, el museo de Pablo Neruda en Isla Negra, La Sebastiana en Valparaiso, además de otros lugares históricos y culturales. Pernoctamos en casa de un gran amigo del exilio, que vivió durante años en Bruselas, Bélgica. Allí, la amiga de mi hija hizo muy buenas relaciones con la hija de mis amigos. Emprendimos viaje por la la costa hasta Papudo para así remontar hasta la ruta 5, y tratar de llegar a La Serena durante el día. Una vez en la capital de la región de Coquimbo, llamé por teléfono a don Ramón al número que él me había dejado cuatro años antes. Después de varios intentos me responden:

–Aló, ¿quién es?

–¿Estoy hablando con don Ramón Lavanchy?

–¿Quién lo llama?

–Soy un amigo que viene de lejos.

–¿De dónde?

–De Europa.

–(*con un tono de desconfianza*) ¿De España?

–No, de Francia. ¿Por qué? ¿Qué quiere saber?

–Porque este teléfono está reducido a recibir llamadas de tres personas, y si usted es don Alejandro, mi padre nos habló mucho de usted y nos gustaría conocerlo.

Relató que tanto don Ramón como su tío don Anselmo habían fallecido. Antes de morir, don Ramón le pidió a él y a su hermano que si alguna vez los llamaba un «emisario de novedades» desde Francia, le informara que era una persona muy importante, que podría continuar la obra que él emprendió tantos años antes. Les mencionó mi nombre y, por esta razón, el hijo esperó dos largos años hasta que yo apareciera.

Viajé a casa de este hijo de don Ramón, desde La Serena hasta Quilpué, para saberlo todo.

–Ahora le cuento todo –me dijo Daniel–. Mi padre falleció hace un año, en España. Hace dos, conoció a una española, que lo *engatuzó* diciéndole que era experta en «energías bio» y reiki, y lo enamoró hasta los tuétanos, para llevárselo a España y además dilapidar sus ahorros. Lo único que se salvó fue la parcela en Cochihuasi, la que estuvo a punto de vender. Así fue la triste historia de mi padre, perder la fortuna, gastársela en esa mujer para atenderla y darle todos los lujos. Él estaba bien de salud y creemos que, después de conseguir lo que quería, ella lo envenenó. Hoy Villa Paraíso está con un cuidador, un lugareño diaguita y un joven estudiante de antropología que fue desde Santiago para hacer sus investigaciones en la zona. Suponemos que ellos se encargan de limpiar y mantener el

sitio. Nosotros hemos ido para recoger las cosas de mi padre, en especial el baúl con sus fotos, cartas, documentos y recuerdos. Podemos encontrarnos en Villa Paraíso si ustedes van.

Volví a La Serena. Mi hija, mi nieta y su amiga disfrutaban de las playas sereneneses. Les propuse ir al Valle del Elqui, sin decirles nada de la sorpresa que quería darles. Por supuesto, en cada lugar que visitábamos sus palabras eran de admiración. Los aplausos se los llevaron el embalse Puclaro, el pueblo de Vicuña y el Museo de Gabriela Mistral, quedándonos esa noche para visitar el Observatorio y contemplar el firmamento. Al día siguiente, pasamos por Monte Grande, un lugar detenido en el tiempo, pero seguimos en dirección de Cochihuasi. La ruta estaba expedita, ancha, y con posibilidad de recibir dos vehículos en ida y vuelta al mismo tiempo Mientras subíamos, les iba contando que allí se encontraba el Paraíso.

Primero, mi hija quedó pasmada al ver el letrero aún incólume, el lugar con un enorme jardín lleno de flores, los frutales al alcance de la mano, y las hortalizas. No faltaba nada, sólo el agua potable que reemplazamos con bidones de agua mineral. La electricidad era producida por una eólica y paneles solares. También nos recibió un cachorrito, pienso que era el nieto del Sacapunta, hijo del Metetodo. Éste se llamaba Puntudo.

Esa noche había mucho calor e instalamos las *chilenas*, las sillas de playa, para contemplar el universo. Invitamos a los guardianes, el diaguita y el antropólogo, para disfrutar de un sabroso pisco sour con un picadillo de fiambres y galletas de cocktail. Mi nieta disfrutó de la piscina natural y se durmió temprano, cansada por el viaje y el calor.

Traté de mantener despiertas a mis acompañantes. Le pedí a los amigos que se quedaran con nosotros, para que fueran cómplices de lo que iba a suceder posteriormente. Cerca de las dos de la mañana, apareció una luz casi incandescente y dos enormes aparatos que circulaban de lado a lado sobre las montañas. La amiga francesa exclamaba: «Qu'est que c'est?, c'est quoi ça? J'ai peur» («¿Qué es eso?, tengo miedo»). Mi hija quería partir de inmediato para poner a salvo a mi nieta. El fenómeno duró largos minutos. A momentos se estacionaban frente a nosotros, como observándonos.

Se cuenta que a desde este lugar han partido expediciones que suben por el sendero que nosotros subimos el año 1969 sondeando la zona. En esa oportunidad, nada fuera de lo común sucedió. Pero después de 1973, la NASA instaló un programa de observación de los cielos en el norte chileno.

También se cuenta que una expedición de monjes tibetanos subió por el sendero. Eran siete. Nunca volvieron y no se encontraron rastros de ellos.

En otra oportunidad, una nave se estrelló en esas montañas haciendo un ruido estruendoso. Los habitantes del sector quisieron acudir a prestar auxilio, pero había funcionarios de la NASA y militares chilenos resguardando el lugar. Ellos bajaron los restos de la nave. Dicen los lugareños que en la montaña los restos de la nave brillaban con el sol.

Y no hace mucho, unos andinistas argentinos se extraviaron en esa misma zona, y tampoco se encontraron sus cuerpos.

He vuelto a Villa Paraíso en tres oportunidades más: llevando a mi otra hija, luego a una pareja de amigos franco-chilena, y en otro viaje a cuatro franceses de la Bretagne. En esas oportunidades no logramos captar nada. La última vez, en el año 2017 observamos varios puntos luminosos que se movían como esquivando las estrellas con movimientos sinuosos y asimétricos.

En cada viaje que hacía, me tocó ver las transformaciones del sector, no así de Villa Paraíso. Cochihuasi se convirtió en un lugar turístico, donde cada turista que la visita quiere sacar algo de esas tierras, especialmente los cristales de cuarzo. Algunos hacen excavaciones para ver si encuentran oro. En una de esas excavaciones destruyeron un cementerio indígena, robándose la alfarería e incluso los cráneos de los originarios. Mucha vegetación ha ido desapareciendo con el afán de construir centros turísticos. Me dolió mucho cuando entré a Villa Paraíso y vi que se habían robado el gran cristal de cuarzo que estaba instalado en su centro. Y, peor aún, los daños causados por el aluvión, que arrastró rocas, árboles y un *cuantay* que destruyó gran parte de Villa Paraíso. Pero el letrero aún permanece allí. Se le cayeron tres letras, que están colgando al revés, como asidas por una trapecista.

Como conclusión, Villa Paraíso se convirtió en centro de visitantes extraterrestres, que nos quieren mostrar que existe vida en otros lugares del universo. ¿Por qué ser tan soberbios de creer que somos los únicos en esta inmensidad?

Y don Ramón y don Anselmo, ¿sabrían esto? ¿Se llevarían este secreto a la tumba?

3.- TARJETA ROJA.

EXPULSIÓN Y VUELO A LO DESCONOCIDO

–¡Tira la pelota, hueón!
–¡No te la comai!
–¡Atájala si podí!
–¡Esta va con nombre y apellido!

30 de diciembre de 1976: Navidad recién pasaba con sus cánticos, villancicos, regalos y abrazos. En prisión sólo escuchábamos la música que llegaba a lo lejos. Nuestras familias nos traían el pan de pascua, sólo faltaba el cola de mono. Las luces y el árbol con nieve falsa quedarían para nuestra imaginación, cuando no para los recuerdos vividos junto a nuestras familias. Esta era mi cuarta navidad encerrado: la primera en 1973, incomunicado en un centro de tortura; la segunda en 1974 cuando ya pude recibir visitas, la tercera en 1975, castigado en celda de aislamiento, sin derecho a visitas y ahora esta, algo más relajados, con visitas permitidas casi cada día. Hacíamos mucho deporte para mantenernos física y mentalmente, sino sanos, al menos activos. Así botábamos nuestras neuras. A veces también había encuentros pugilísticos, mas estos solían ser insignificantes: unos pocos golpes y luego éramos amigos nuevamente.

Ese día jugaba un partido muy importante. Nuestra calle, la número dos de la penitenciaría, versus nuestros rivales o *enemigos* en la cancha: la temida calle seis. Nosotros organizábamos aquel torneo de fin de año. Participaban todas las calles y galerías del recinto carcelario, a los cuales se sumaban tres equipos: uno de los gendarmes, otro de los delincuentes comunes y un equipo foráneo cargado a las estrellas, pues estaba compuesto por jugadores profesionales, varios de la selección chilena, quienes solidarizaban

con nosotros. Entre ellos estaba Carlos Caszeli, el «Pollo» Véliz y Adolfo Neff.

Nuestro equipo estaba integrado por el «Manco» Gómez al arco, el «Guatón» Montenegro era el defensa central, como alero defensivo estaba el «Flaco» Cifuentes con el «Guataquín» Gutiérrez del otro lado, mientras el medio campo era del «Negro» Inostroza. Delantera: «Copihuita» Williams, «Pollo» Cruz, «Pato» Aravena, «Gallo» Aguirre, «Chancho» Ulloa y finalmente, el «Burro» Contreras. Estábamos vestidos con equipo deportivo. Yo llevaba un pantalón corto, medias blancas de lana y zapatillas. Hacia arriba, una camiseta negra con el número 1095 en rojo en mi espalda, que era el número de días que llevaba en aquel recinto. Los números los habíamos dibujado nosotros mismos. Estaba el 504, por ejemplo, en alusión a la ley de extrañamiento. Otro llevaba el 69.

Estábamos en las semifinales. El campeonato era por eliminación directa y la final se jugaría al día siguiente, 31 de diciembre.

A la media hora el «Burro» anotó un gol que aventajó a nuestro favor el partido. Recién al minuto 85 caería el segundo, contra nosotros esta vez, cuando el «Mono» Farías anotase el primero para la calle 6. Estaban celebrando el tanto cuando un nuevo grito desde los altoparlantes acalló a nuestros rivales. «¡Ese Pato Aravena!», y el eco que repetía: «¡Aravena!, ¡Aravena!, ¡Aravena!». Y tras ello, una voz dura que en el momento más álgido de la partida, agregaba: «¡Presentarse en la quinta reja!». Todos quedamos como inmovilizados, buscando acercarnos a los altoparlantes. Los

compañeros, tanto de mi calle como los rivales, se me acercaron. Estaba temblando de miedo.

–¡Te están llamando Pato!
–Sí, lo escuché.

Todos sabíamos que un llamado a la quinta reja era para salir del recinto y eso era posible sólo de tres formas: Una, por orden del fiscal; otra, para una nueva sesión de torturas y la última, acaso junto a la anterior la más terrible, para ser trasladado con rumbo desconocido.

Dos gendarmes y el sargento Mejías me esperaban a la salida de la cancha, quienes me acompañarían hasta la cuarta reja. El árbitro, mientras tanto, para dar un poco de retorcido humor al asunto, me mostró una tarjeta roja. Nuestros rivales reían a carcajadas.

De pronto, todas las dudas me asaltaron y comenzaron a angustiarme. Otros compañeros habían salido de esa misma cárcel, transportados luego por la maldita DINA o CNI, para nunca más volver. Apareció en mí el recuerdo de David Silvermann, militante comunista y Gerente del Cobre en Chuqui, una de las minas nacionalizadas durante el gobierno de Salvador Allende. Recuerdo que fue sacado de la Peni en pantalón corto y zapatillas, recién finalizado un partido de balonpié. Iba camino a la ducha con su toalla al hombro, cuando recibió el llamado a presentarse a la quinta reja, de la misma forma que ahora me llamaban a mí. Entonces todos pensábamos que sería la de algún familiar o bien, su abogado. Días después supimos, por información de los propios gendarmes, que David ya no estaba entre nosotros, ni dentro de aquel sitio ni en

ningún otro. Luego recordé a Jean-Yves Claudet, militante del MIR, quien supuestamente quedaba en libertad. Le cantamos una canción de despedida y estuvimos semanas o meses elucubrando acerca de a qué país se pudo haber ido. Deseábamos únicamente que estuviese bien, hasta que apareció su nombre entre 119 compañeros asesinados, en lo que la dictadura denominó Operación Colombo. Similar es el caso del compañero socialista Marcos Barrantes, quien fue sacado de aquel mismo lugar para luego ser fusilado en el norte, a manos de la caravana de la muerte.

El ruido estridente del cerrojo de la tercera me sacó de esos pensamientos y, viendo pasar a mis camaradas de galería, aprovecho de gritarles:

–¡Cabros, avisen a mi casa, porfa!, ¡me quieren hacer desaparecer como a los otros que sacaron de aquí!

Públicamente no se sabía aún de desapariciones forzadas y los familiares aún esperaban con impaciencia que los camaradas aparecieran en otra prisión. A la fecha, sin embargo, ya habían aparecido algunos cuerpos, producto de juicios sumarios ejercidos por la dictadura. «Enfrentamientos» cuyos resultados eran cadáveres flotando en el río Mapocho o abandonados en sitios eriazos.

Al Sargento «García» de Gendarmería (su verdadero apellido era Mejías, pero dado su parecido con el personaje del Zorro, orondo y pretendidamente bonachón, lo rebautizamos), pregunté:

–¿Quién viene a verme?

–No sé, sólo me dicen que es urgente y que se presente en la «quinta reja». Yo cumplo con acompañarlo hasta allá.

Algo asustado él también, continuó:

–Parece que lo sacan de acá. Voy a tratar de averiguar dónde lo llevan. Vi unos militares en la quinta reja.

–Sargento, ¿le pido un gran favor?

–¿Cuál?

–Llame a mi Papá a este número —mientras le paso furtivamente un papel donde estaba anotado —. Usted ya lo conoce, lo ha visto en las visitas e incluso él le ha arreglado su auto en el taller.

–Se lo prometo Patito —guiñándome un ojo para hacerme comprender que haría lo que le pedí.

Otros prisioneros políticos de la galería que iban pasando por la tercera reja me miraban con cara extrañada. Les respondí en voz baja, diciendo: «Me sacan de la peni, no sé adónde, traten de avisar a mi familia».

Entre la cuarta y la quinta reja se encontraba la sala de guardia, antesala para todo ingreso o salida del recinto carcelario. Al entrar veo a algunos oficiales de gendarmería, entre ellos al Capitán y al Alcaide juntos a oficiales del ejército y a otros milicos de menor grado, todos armados y con una pañoleta amarilla al cuello. Ese día hacía mucho calor y la temperatura alcanzaba los 33 grados.

Los militares solicitaron que me pusieran «grillos», vale decir, cadenas que van desde las esposas en las muñecas hasta dos fierros que se unían por los tobillos. Provocaba dolor y volvía dificultoso el caminar. No se podía dar un paso completo y correr era imposible. Al avanzar estábamos obligados a arrastrar los pies y las cadenas hacían un ruido que me hacía recordar esas películas que recreaban la edad

media. Aquello quedó grabado en mi memoria hasta hoy y aún me sucede a veces que escucho ese ruido e inmediatamente me retrotrae al recuerdo de esos momentos. Especialmente cuando algún milico quería que anduviera más rápido. Me río solo, recordando esa imagen. Parecíamos los monos de *El Planeta de los Simios*.

Me subieron a un furgón celular, completamente cerrado, sin ventanas a su haber. Tenía unos pequeños círculos cerca del techo para poder respirar. A los dos lados: banquetas hechas de metal y plástico duro. Al fondo había otra, pero encuerada. Me amarraron con las mismas cadenas, quedando mis manos sujetas al techo del vehículo. Uno de mis celadores se sentó en el asiento «confortable». Otros dos se sentaron junto a la puerta, armados con metralletas y con un corvo al cinto. Dos más había en la cabina, uno de ellos el chofer, milicos todos. Cerraron la puerta desde el exterior. Un ulular de sirenas me hizo comprender que nos pondríamos en movimiento. Nos escoltaban dos camionetas, una adelante y otra atrás, cada una con dos militares en la cabina y cuatro detrás en la plataforma, premunidos de una subametralladora tipo punto 30 y una caja con la cinta de balas. Estos iban con los rostros pintados de negro en camuflaje, para que no los reconocieran. Yo me preguntaba: ¿qué tan importante sería yo para tal despliegue?

Antes que los autos partieran, escuché los gritos de órdenes de un superior que abrió la puerta para otearme. Con una voz fuerte y pronunciadamente, me dijo:

–El señor pasajero de primera clase, ¿se siente confortable para este último viaje que realizará?

Al escucharlo, corrió por mi columna vertebral un líquido que no sabía si se deslizaba por dentro o por fuera, así al menos lo sentía.

Helado como si la llave de una ducha hubiese sido abierta dentro. Para mis adentros: Entonces es verdad, seré el próximo desaparecido. Nuevamente a la tortura. Esta vez será cierto que seré fusilado (ya había tenido dos simulacros previos). El oficial me lanzó una ancha mirada de odio (sus ojos estaban rojos inyectados en sangre) y lanzó un portazo.

Iniciamos el movimiento con mucho ruido de parte de los tres vehículos. Un barquinazo me sacó del asiento, quedando sólo sostenido por las cadenas amarradas al techo del furgón. El vehículo se desplazaba por las calles de Santiago a gran velocidad y con un ensordecedor ruido de sirenas. Mientras tanto, yo intentaba imaginar los lugares por los que estaríamos yendo, sensible a cada giro de la máquina hacia la izquierda o derecha. Los tres milicos me miraban con rostro de pocos amigos, cumpliendo con fiereza su marcial rol de verdugos.

Alrededor de 20 minutos después llegamos a otro paradero desconocido. Allí estuvimos detenidos por una larga media hora. De pronto abren las puertas del furgón y veo varias cabezas con casco y en medio, alguien subiendo con dificultad a la camioneta. Antes que las cerraran nuevamente, alcanzo a notar que estábamos frente a otra prisión. Juzgando según el tiempo de viaje que realizamos, debía ser la cárcel pública. Empujaban al otro detenido, a pesar que sus manos estaban atadas a la espalda y llevaba «grillos» como los míos. La diferencia era que los de él estaban unidos a una pesada bola negra de metal, que dificultaba todavía más su andar. Brutamente lo ayudaron a levantarse, pues se había caído al piso del vehículo. El tercer milico me miraba, apuntándome con su arma. Cerraron la

puerta estruendosamente desde afuera y esta vez escuché un ruido metálico, como si hubiesen puesto un candado.

En mis pensamientos reinaba nuevamente un terror angustiante, pero esta vez de que el furgón se volcara e incendiara. Al «pasajero» que subió lo pusieron frente a mí. Su rostro estaba tumefacto de miedo. El oficial había dado instrucciones que sólo habláramos cuando él lo estimara, de modo que debimos permanecer silentes.

Nuevo *depart* y partida. Este viaje fue más corto, aunque más larga la espera. Al interior del carro celular ya se sentía la canícula del mes de diciembre, anunciando un verano caluroso. Parada nuevamente. Ahora esperábamos frente a otro local de prisioneros. Por la angosto de la callejuela supuse que debía tratarse de la prisión de Capuchinos, la cual era tres estrellas, pues tenía más comodidades. Era una casona que fue adaptada para recibir a los de «marca», vale decir, quienes habían ocupado cargos en el gobierno de Allende y eran considerados «menos peligrosos», lo que equivalía a «sin intención de fugarse».

Mientras esperábamos, nos observamos con el compañero de viaje y pudimos compartir escuetas miradas que evidenciaban la angustia por no saber qué destino nos esperaría, así como la tristeza de no tener la oportunidad de despedirnos de nuestras familias, fuera cual fuera el lugar a donde fuéramos. Ver a mi esposa, a mi hija. O a mi padre, madre, hermanos, mi abuelo mapuche y abuela. Mi corazón se convirtió en una esponja para recibir las lágrimas contenidas, que quedaban atrapadas en la puerta de mis párpados,

pues no quería mostrarles a mis carceleros esa debilidad: habría sido sería un triunfo para ellos verme quebrado.

Otro prisionero político subió al furgón. Venía vestido con terno azul marino, de cuello y corbata, bien afeitado y peinado a la gomina. Traía un bolso como si fuera de viaje turístico. Sus cadenas estaban ocultas por el interior del pantalón y en los pies, una separación superior a las nuestras.

Nuevamente el oficial con mirada de odio. Espetó:

–Tengo órdenes superiores y chipe libre para disponer de ustedes, así que al menor gesto sospechoso recibirán un balazo para destaparles esos cerebros infectados con marxismo.

Cerró la puerta con gran estruendo, entretanto los tres quedamos con otras nuestras angustias y severas dudas adheridas. El «ilustre» personaje que acababa de subir nos observaba con el mismo miedo que nosotros teníamos.

Partimos. Ahora, *¿hacia dónde?* A uno de los milicos se le ocurrió fumar y los otros lo siguieron. En unos minutos el espacio estaba lleno de humo y a nosotros nos «zapateaba la lengua» por hacer lo mismo. Ellos sabían de nuestras ansias por fumar en ese momento y gozaban burlándose de nosotros. El que parecía con más rango hizo un comentario perverso: «Qué pena que no puedan cumplir el último deseo de fumarse un pucho» y luego risas sucesivas.
Esta vez anduvimos alrededor de una hora para llegar a otra prisión. Igual que las veces anteriores, iba calculando más o menos dónde estaríamos. De pronto se abrió la puerta y, tras los milicos, logro avizorar unas montañas. Más allá, muros y rejas. Todo de reciente

construcción. Parecíamos estar fuera de Santiago. Otra media hora de espera, gritos, carreras, órdenes a todo pulmón. Yo observaba con atención todo movimiento exterior aprovechando que la puerta estaba abierta, entretanto pasaban gendarmes a mirar con curiosidad nuestros rostros. Algunos movían la cabeza como quien señala un destino fatal. Entonces apareció nuevamente el oficial acompañado de un «terrible terrorista», como lo denominó. Ahí estaba el compañero aquel. No solo las cadenas lo inmovilizaban de pies y manos, sino que también le habían colocado un collar metálico, una especie de minerva que impedía que el prisionero girara su cabeza a izquierda o derecha.

Las palabras del militar creaban nuevas dudas sobre nuestro futuro cercano:

–¡Ustedes están calificados como los peores extremistas, condenados a perpetua! ¡Se les dejó con vida por clemencia de mi General Pinochet! Ahora, según los antecedentes que manejamos de nuestros servicios secretos, ¡hay entre ustedes algunos *pajaritos* que nos cuentan todo lo que ustedes hacen o dicen! ¡Y como ninguno de ustedes cuatro ha cambiado; todo lo contrario, siguen conspirando contra nuestro jefe supremo de la nación y contra nosotros, comunistas recu..., esto podríamos arreglarlo ahora mismo con un balazo en la nuca de cada uno de ustedes! Por desgracia tengo órdenes de transportarlos vivos. ¡Por ahora se salvaron! ¡Los que vendrán se encargarán de llevarlos a un destino sin vuelta! Ahora bien, no me den ningún motivo, ¡miren que yo puedo argumentar que se estaban fugando y hasta aquí no más llegan!

Tras estas palabras cerró él mismo la puerta del furgón celular. Yo me preguntaba para que gastó esas palabras, sabiendo que no

teníamos ninguna posibilidad de escaparnos, con cadenas, sin poder dar siquiera un paso completo. Nos pusimos en marcha nuevamente. Uno de los custodios nos miraba con los ojos rojos, inyectados de odio. Los otros, con mirada de lástima. Al principio del viaje, al interior del vehículo, reinó un silencio sepulcral, mientras que al exterior bullía el ruido ensordecedor de sirenas de los vehículos y motos que nos escoltaban. Inquiría para mis adentros: ¿Por qué tanto ruido si nos van a hacer desaparecer? ¡Algo no cuadra aquí!

Casi una hora de mutua observación entre los que viajábamos en ese estrecho furgón. El silencio permitía escuchar incluso nuestras agitadas respiraciones. De pronto nos detuvimos y bajó uno de los carceleros, el más odioso de los cinco, quien fue reemplazado por otro, mucho más hablador. A punta de bla blás, este logró bajar la tensión. Fue conversando con sus colegas y contando chistes que hicieron reír al conjunto de los obligados ocupantes de aquel furgón. Luego empezó a dirigirse a nosotros, siempre con humor, haciéndonos preguntas que, por supuesto no respondíamos cuando se trataba de cosas relacionadas con nuestro pasado político.

Íbamos más relajados a partir del nuevo milico que nos celaba, cuando súbitamente, este nos anuncia:

–¡Ya! ¡prepárense que vamos llegando al final de su viaje! Los autorizo a un último cigarrito de despedida. Y, acto seguido, saca una cajetilla de la cual nos ofrece uno a cada cual.

De nuevo, sombras de dudas recorren nuestras mentes en relación a nuestro destino. De fondo se oía ruido de aviones. «¿Nos traerían a Cerrillos? ¿o a la FACH?», me preguntaba. Un frío recorrió

mi espinazo con recuerdos de los primeros días de tortura en septiembre del 1973.

Por unos largos diez minutos nos detuvimos ahí. El ruido de aviones se hacía más fuerte cada vez. Se abren las puertas del furgón. Una delegación de uniformados nos esperaba en fila doble, como en un «callejón oscuro». Bajamos, siempre encadenados. El sol dañaba nuestros ojos, ¡hacía mucho calor! No sé la hora, pero calculo que deben haber sido las 16:30 ó 17 horas aproximadamente. Levanto la mirada al cielo y veo aviones de líneas comerciales sobrevolando. No reconozco el lugar, pero no es Cerrillos. Nos hacen caminar por unos pasillos. Los milicos nos miran con curiosidad, ¡quizás qué cartel tendríamos! De «extremistas» o «terroristas peligrosos» seguramente. Mucha agitación y una multitud. Los altoparlantes dan informaciones de vuelos que salen o llegan. Nuevas dudas: «¿Nos llevan a otro lugar para hacernos desaparecer?, ¿o nos irían a relegar? Y de ser así, ¿al extremo sur o norte?».

Al pasar un amplio corredor con vidrios de mica diviso gente con pañuelos. Todavía había trabajos por todas partes. Tras esos ventanales, mucha gente nos observaba. Algunos gritaban, otros agitaban pancartas con nombres. Había también quienes nos lanzaban miradas lastimosas. Otros enarbolaban gestos de solidaridad, como el puño levantado. Incluso gente se atrevió a gritarnos: «¡Ánimo camaradas!» O bien: «¿Cómo se llaman? ¡Pa avisar a sus familias!» Allí estábamos, parecíamos pájaros raros, arrastrando los pies, encadenados. Dos harapientos, otro en ropa de deporte y el otro de cuello y corbata.

A través de ese ventanal, en medio de la multitud, diviso a una persona que conocía bien ¿Será cierto lo que veo? ¡Ahí estaba mi compañera con nuestra hijita en sus brazos!, las dos con pañuelos en la mano. Y al lado de ellas, ¡mi padre y mi madre!, ¡mi suegra, mi hermana y hermano! ¡sobrinas y sobrinos!, ¡amigos y ex compañeros de la UTE! Muchos pañuelos blancos, mis camaradas de viaje en el furgón también recibían la despedida.

Continuamos nuestro andar a pasitos cortos y lentos. Demorábamos más para poder, con nuestras cabezas inclinadas, mirar en dirección a nuestros seres queridos. Ellos trataban de hablarnos, decirnos cosas, pues veía el movimiento de sus labios. Entretanto un ruido ensordecedor ahogaba las palabras apenas pronunciarse, yo guiñaba mi ojo izquierdo como diciendo decir: ¡Los amo! Salimos al *tarmac* de aquel lugar. Trato de buscar su nombre y al volver la cabeza atrás, leo en grande: Aeropuerto de Pudahuel de Santiago de Chile.

Ahora nos encontramos frente a un enorme pájaro mecánico, con letras gigantes en su fuselaje que colocaban: Lufthansa. En su cola llevaba dibujada una bandera alemana. Al llegar a la escalerilla del aparato, siempre acompañados por la delegación armada, se nos acercan varias personas de civil, tres mujeres incluidas: Una era mi abogada, gran defensora de los DD.HH.; otra, de nacionalidad inglesa, representaba a Amnistía Internacional y la última era una médica de la Cruz Roja Internacional, quien nos examinó ligeramente con su estetoscopio y nos hizo algunas preguntas sobre nuestro estado de salud en los últimos meses. En eso aparece otro personaje. Este parecía un "agente secreto", ataviado de traje gris, corbata y sombrero. Se presenta como funcionario de Naciones Unidas y ordena a los milicos que nos saquen las cadenas y las

esposas. El espectáculo era como si fuera sacado de un filme de Fellini o una obra de Dante.

Luego, el mismo funcionario nos empezó a llamar uno a uno por nuestros nombres, y al estar frente a él, nos iba entregando un documento de un azul similar a los bluejeans, donde ya estaba incluida nuestra foto, nombres y apellidos, más una leyenda con letras grandes: Apátrida. Más abajo, un acápite indicaba: «Podrá circular por todos los países del mundo, salvo entrar a Chile», y luego, «sólo si las autoridades del país autorizan a hacerlo». Faltaban únicamente nuestras firmas, que añadimos en el acto. Asimismo, hubimos de firmar el documento que el funcionario nos presentó, en el cual se señalaba que debíamos aceptar o rechazar la mencionada oferta y que, de ser este último el caso, volveríamos a los respectivos recintos carcelarios.

Otro documento nos fue leído por un funcionario de la dictadura. Esta vez, un oficial quien, tras leer nuestros nombres, continuó: «¡Expulsión del territorio nacional de Chile por constituir un peligro para la Nación!», y a renglón seguido: «¡No podrán entrar a territorio nacional a menos que las autoridades competentes lo autoricen!» Luego: «¡Cumple pena de perpetuidad!» Otro: «¡Si son sorprendidos en territorio nacional o tratando de infringir la Ley (número aleatorio que no recuerdo) del Código de Defensa Nacional deberán atenerse a las consecuencias, ya que serán tratados con el máximo rigor!».

Abracé y besé en la mejilla a mi abogada, pidiéndole que transmitiera lo mismo a mi familia y que por favor velara por ella.

–No se preocupe, lo tendré presente.

Se estaba retirando, cuando de pronto se devuelve para agregar:

–¡Un momento! ¿Sabe qué…? Creo que en un lapso corto de tiempo estarán juntos nuevamente: Su esposa e hija fueron aceptadas por la ONU para la reunificación familiar.

Nos despedimos de las funcionarias internacionales. Poco se podía indagar en esos momentos con respecto a nuestro destino final. En principio supusimos Alemania por el avión que nos transportaba. Con una hora de atraso del vuelo, el comandante del avión exige que nos subamos, que no se puede demorar más o de lo contrario despega ya. Somos finalmente llevados por dos soldados, ya liberados de grilletes, hasta la escalera del avión.

Una vez a bordo, nuestro pasaje hacia los asientos no pasó desapercibido: éramos los últimos pasajeros en subir y el resto, o algunos de ellos al menos, nos habían visto encadenados hasta hace un momento nada más. Al fin que quedamos en la última corrida de asientos, al centro, los cuatro juntos. Nos agolpamos a la ventanilla, buscando ver a los nuestros y despedirnos. Yo los imaginaba entre la gente, a medida que fue despegando.

Ya en vuelo iniciamos nuestras presentaciones. Todos éramos combatientes de diferentes organizaciones políticas (socialista, comunista, mirista y mapucista) y también distintas actividades profesionales (ingeniero, médico, un sindicalista obrero del área social y el más joven, un estudiante universitario que había comenzado hace poco sus estudios). El promedio de edad era de 25 años, desde los 20 hasta los 30. Todos casados con hijos, salvo el estudiante que, según nos contó, dejó a su novia con ocho meses de

embarazo. Fue detenido y se había salvado por poco de ser ejecutado, mas fue condenado a perpetuidad por su supuesta participación con milicias armadas. Como anteriormente indicaba, todos fuimos sacados de diferentes recintos carcelarios sin ninguna indicación sobre nuestros destinos.

Jurábamos que, cuando se nos presentara la ocasión, volveríamos al país, aun fuera clandestinos. Nos decíamos que había que volver pronto a la lucha, pero sentíamos temor de lo que pasaría con nuestras familias si nos descubrieran. Tres de nosotros habíamos pasado largo tiempo en prisiones y centros de torturas. También nuestras familias habían sufrido los rigores que la dictadura les imponía: desde el allanamiento hasta las torturas, prisión, persecuciones, seguimientos, coerciones, amenazas o pérdidas de situación laboral, bien profesional o de estudios. Así, nuestro compromiso y entrega a la causa que defendíamos se veía coartada por proteger a los nuestros.

Asimismo, nos confidenciamos las desconfianzas mutuas de los unos con los otros: no nos conocíamos antes y jamás nos habíamos encontrado físicamente. Tal vez nos podríamos haber encontrado en una misma manifestación, más no creo. Mientras tanto continuábamos clavados en nuestros asientos.

Empezamos a cruzar la cordillera de Los Andes. Pudimos soltar los cinturones al mismo tiempo que se apagó la luz que impedía fumar. Una de las azafatas nos ofreció una cajetilla cerrada de una marca alemana. Alumbramos nuestros cigarrillos para fumar con delectación: ¡el primer cigarrillo libre! Recuerdo que el día que me hicieron simulacro de fusilamiento vino un *pelao* a ofrecerme un

cigarrillo. Entonces no fumaba y como tenía las manos atadas, él me lo colocó entre los labios ya prendido. El humo me hizo toser y lo boté, escupiéndolo. Vuelvo a la realidad, ¿dónde estaba? Ah, me puse de pie y avancé hacia una ventanilla para admirar la belleza de ese espectáculo nevado: las cadenas de montañas. Daba la impresión que se podían tocar las cumbres con las manos. No pude dejar caer un lagrimón. La emoción me embargaba, pensando en los míos, tener que dejarlos. Los imaginaba con la misma emoción al ver el avión elevarse hacia el cielo. Pasamos esas magnificas montañas para encontrar unas zonas desérticas. Seguramente era en el norte de Argentina, un tiempo después el paisaje cambió y se veía el verde de los bosques, el Mato Grosso del Brasil.

Volví a mi asiento todavía con lágrimas en los ojos. Por el pasillo venían tres azafatas y el comandante del avión, quienes traían una especie de balde, de cuyo interior asomaba una botella: ¡era champagne francés! Traían también copas champañeras. El ruido típico al destaparla me hizo saltar y asustó: era similar al que, todas las noches en la penitenciaría, hacían los gendarmes cuando disparaban para mortificarnos por dentro. Nos sirvieron el espumante Champagne Cordon Rouge. El Comandante, con un español alemanado, festeja y dice: «¡Salud! ¡Prosit! ¡Viva la libertad! ¡*Agora* sois libres!»

Por fin, después de tres años y dos meses de encierro recobraba mi libertad, y esta vez fue volando como un pájaro libre en los aires. Sentía mis brazos prolongarse como alas que se juntaban con las del avión.

En las 15 horas que duró el vuelo fuimos muy bien atendidos, preferencialmente diría. Vimos varios filmes, de los últimos en cartelera, entretanto me mareaba el champagne. Las comidas, excelentes. Tanto más en comparación en la prisión hasta hace apenas un rato. Comparándolo, todo parecía un manjar. Hubo aperitivos y también gozamos de un digestivo. Los cuatro disfrutamos del viaje y en medio, nos fuimos confidenciando nuestras vidas pasadas. Así nos conocimos y, ya bastante caramboleados, nos juramos hermandad y continuar en contacto mientras estuviéramos en el exilio, sea donde sea que nos encontráramos.

Al sobrevolar el triángulo de Bermudas, el avión comenzó a dar barquinazos: saltábamos como si estuviéramos sobre un caballo indómito. Esto duró cerca de 10 minutos y al salir de esa angustiosa situación, nos ofrecieron un cortito de whisky. Pronto me dormí. Caí profundamente dormido, hasta que una voz despertó mi somnolencia. Esta era en alemán y lo único que comprendí fue que había que abrocharse el cinturón, porque todos los pasajeros lo hacían a la vez. Aterrizamos en Frankfurt alrededor de las 17 horas del 31 de diciembre de 1976. Nos hicieron salir por unas mangas que van directo del avión a los pasillos del aeropuerto. Al pasar por este pasillo sentí frío, pues aún andaba en camiseta y pantalón corto, sin un sweater siquiera, tal como me encontraba al momento del partido en la Peni y donde estábamos ahora era pleno invierno.

Fuimos los últimos en bajar junto con las azafatas y los pilotos del avión. Al llegar al final de la manga se nos acercan cuatro personas corbateadas. Hubo un intercambio con el personal del avión, quienes se despidieron de nosotros no sin falta de emoción, sobre todo de las azafatas, alemanas, hermosas y de cuerpos

esculturales, quienes nos abrazaban con cariño, ¡y nosotros sin mujer durante tres años! La emoción llegó también, inoportunamente, en lo bajo del vientre. El abrazo de cada una de ellas nos hizo, al menos a mí, recuperar ese instinto viril. Ansiaba sentir sus perfumes, sus suavidades y sus protuberancias lácteas. Cada abrazo y cada beso era acompañado con deseos de buena suerte. Una de ellas nos entregó a cada uno de nosotros un *neceser* con productos de higiene y unos chocolates suizos.

Las personas que nos recibieron eran funcionarios de Naciones Unidas. A ellos preguntamos por nuestro equipaje. Sólo uno de nosotros llevaba un maletín con efectos personales y una muda, el resto andábamos con lo puesto. Yo con mi traje deportivo con olor a transpiración. Luego nos separaron. Allí supimos que nuestra destinación era diferente: Suecia, Inglaterra, Holanda y yo, que hasta ese momento no lo sabía, fui transportado a otro avión que me llevó a Múnich. Afuera veía nevar. Estaba todo blanco. ¡El frío que debe haber hecho!, pues, aunque el interior del aeropuerto estaba temperado, igual no más se sentía frío.

Nuevamente el problema de los idiomas. Afortunadamente en el colegio y más tarde en la UTE había aprendido inglés. Únicamente debí pedir que me hablaran más lento para comprender mejor. La primera cosa que me preguntaron es: «¿Dónde están sus maletas y su ropa?». Mis vestimentas eran una camiseta con un número en la espalda. Adelante decía: «Calle 2, Penitenciaría Santiago de Chile», en letras chicas.

En Múnich me embarcaron en un avión de la línea aérea Tarom. No sabía de dónde era. Supuse que sería un vuelo interno o

tal vez para ir a la RDA. En la espera al embarque tuvimos que salir y subir por una escalerilla. Allí el frío me caló profundo. No sé exactamente cuánto bajo cero era, calculo que alrededor de –10°C. La gente corría para subir al avión. Me recordó a la micro Matadero Palma que circulaba por la Gran Avenida entre Santiago y San Miguel. Las personas hablaban otro idioma y era como si gritaran. Yo trataba de afinar mi oído para comprender. A veces se parecía al italiano, otras al francés. Hablaban en voz alta, atolondrados, interrumpiéndose entre ellos. Fui el último en subir, acompañado de un funcionario de la línea aérea, quien me habló en alemán, inglés, luego francés, y finalmente en español, como queriendo demostrar que dominaba varias lenguas. Le pregunté adónde me dirigía, pero no logré distinguir su respuesta. Únicamente me acompañó hasta el asiento que se encontraba al final del aparato. Al pasar entre medio de los otros pasajeros, algunos me miraban con aire burlón, dada mi facha.

El vuelo duró 2 horas y descendimos en el aeropuerto de Otopeni, Bucuresti, Romania. Me hicieron esperar, haciéndome comprender que un funcionario vendría a buscarme. Bajé de último, buscando encontrar a alguien que me guiara en estas tierras extrañas para mí. Estaba en la incertidumbre de si alguien vendría a buscarme, como la vez anterior, cuando al pie de la escalerilla veo a un señor con sombrero y abrigo de piel, de aproximadamente 70 años, quien me da la bienvenida en un español *chancado* o agringado:

–¡Compañero! Bienvenido a Bucuresti, capital de la República Socialista de Romania. ¿Usted es el chileno que viene de la prisión de Santiago?

Luego llovieron las preguntas sobre mí y una de ellas, casi al final, la de rigor, la misma que ya había anteriormente me habían hecho.

–¿Dónde están los *bagayes*? —creí volver a la peni, donde hablábamos de *bagayos* por los paquetes que recibíamos de nuestros familiares. Esta vez comprendí la pregunta y su significado: las maletas.

Segunda pregunta de rigor:

–Y su abrigo?

–No tengo, ¡sólo traigo lo que tengo puesto!

–Aquí hay –20°, contestó, estamos bajo cero. Apurémonos en pasar al interior del aeropuerto, no quiero transportar un cadáver congelado.

Llegamos corriendo. El frío que sentía podría haber sido insoportable, pero estaba en libertad y quería sentir al máximo el frío o el calor, poco importaba. El mundo exterior sin muros, sin los barrotes. Una vez dentro, el cambio fue fuerte del frío a una temperatura ambiental. Mi anfitrión me dijo que lo esperara allí y, acto seguido, lo veo volver acompañado de un militar, quien enfrente mío se saca su abrigo de piel, se lo pasa a mi interlocutor y luego él a mí, diciendo:

–Por favor compañero, tenga, aquí hace mucho frío. No le ofrecí mi abrigo porque yo soy muy gordo. Mi nombre es Constantin Moraru, *tovarachul* Moraru. –Repitió esa palabra y luego su apellido, haciendo hincapié en la primera, que significa «camarada»–. Yo estuve en el destacamento internacional durante la guerra civil en España, luchando junto a los republicanos y los camaradas comunistas españoles en contra de Franco —miró la hora y agregó:

Apurémonos que pronto serán las doce y la *multi ani*, el año nuevo de 1977, llegará en algunos minutos.

Un auto de marca Mercedes Benz, premunido de chofer, nos esperaba. Dentro, otro funcionario. Poco y nada entendía de lo que hablaban en rumano. Lo único que capté era: prisionero político chileno, y en sus miradas vi gestos de simpatía y orgullo de conocer a alguien venido de tierras tan lejanas y encima de una prisión. Seguramente contarían luego a sus familias este encuentro.

El trayecto duró unos 40 minutos hasta llegar a un complejo habitacional con edificios de una docena de pisos. De pronto, aún no llegábamos, sentimos el estruendo de los fuegos artificiales que iluminaban el cielo de toda la ciudad. Habíamos pasado la hora cero, cruzando la barrera del año 76 al 77. Moraru me deseó un feliz año nuevo, abrazándome y besándome en la mejilla. Los otros dos rumanos me saludaron diciendo:

–*Traiasca, ¡la multi ani sapte zece sapte!* ¡Viva el nuevo año!

Al exterior del auto oficial, con banderas rumanas a ambos lados, se sentía el frío que calaba hasta los huesos. La nieve llegaba hasta unos 40 centímetros. Se escuchaban de todos los edificios y balcones los gritos de fiesta. A medida que nos acercábamos a uno de los edificios empecé a escuchar gritos en castellano: ¡Feliz año nuevo, conchaetumaire!, seguido de *Venceremos* y luego el himno *El pueblo unido* para terminal con *La Internacional*. De dos de los edificios salían y entraban personas, gritando y saludando por el nuevo año, algunos en rumano y otros en español.

Entramos a un edificio, había un gran salón en la planta baja y los gritos se apagaron instantáneamente al ver llegar la delegación: Moraru; su chofer; el otro funcionario, oficial de la armada rumana y del Ministerio del Interior; y yo, con abrigo de piel y las canillas peladas, en zapatillas y medias de futbol. El calor al interior contrastaba en mucho con el frío de afuera.

Moraru improvisó un discurso, deseándoles a todos un feliz año nuevo y luego me presentó:

–Recibimos el aviso de la llegada del compañero Patricio Aravena. Esto fue bastante imprevisto. Él fue sacado directamente de las mazmorras del dictador Pinochet, donde estaba condenado a perpetuidad, hasta acá. El gobierno rumano lo recibe oficialmente como huésped ilustre. Como ven, es un deportista y llegó con lo puesto y sin maletas para estar junto a nosotros. ¡Recibámoslo con honores!

Entremedio se acercan dos conocidos que habían salido antes de la misma prisión, quienes vinieron a saludarme y abrazarme:

–¡Hola, compadrito! Nadie nos avisó de tu llegada. Si hubiésemos sabido, lo habríamos ido a recibir al aeropuerto, como hicieron con nosotros.

Luego, Moraru y los dos camaradas me acompañaron al que sería mi futuro hogar: un apartamento bien equipado en el tercer piso, con dos piezas alfombradas, baño, cocina y balcón. Era un edificio de 12 pisos con 6 apartamentos por piso, ocupado sólo por refugiados.

Me tocaba iniciar otra vida, ahora en rumano. Lo que más apreció durante los días siguientes fue la libertad. ¡Lo que me costaba permanecer al interior, si pasaba todo el día caminando por las calles de Bucarest!, acompañado siempre por mis connacionales camaradas de encierro, con quienes disfrutábamos hasta del frío glacial de la nieve, con la que jugábamos como niños, haciendo figuras y tirándonos pelotas de nieve o revolcándonos en ella.

Por último, agradezco al árbitro que me expulsó con una tarjeta roja, pues así fue como pude recuperar mi libertad.